

# CONTINUACION DE LA 15ª SESION DE PRÓRROGA EL 26 DE NOVIEMBRE DE 1901

## PRESIDENCIA DEL DOCTOR QUIRNO COSTA

**SUMARIO:** I.—Aprobación con modificaciones de un proyecto de ley, en revisión, sobre organización del ejército de la Nación.  
II.—Asuntos entrados.

**SEÑORES SENADORES** En Buenos Aires, á los veintiséis días del mes de noviembre de mil novecientos uno, reunidos en su sala de sesiones el señor Presidente, el señor Ministro de la Guerra y los señores senadores al margen consignados, abierta la sesión con inasistencia de los señores Benegas, Del Campillo, Gálvez, Pérez y Virasoro, con licencia; Herrera, Maciá y Mitre, con aviso; dice el

Alvarez  
Aparicio  
Avellaneda  
Cané  
Carbó  
Córdoba  
Díaz  
Doncel  
Figuerola  
Figuerola Alcora  
García  
Mantilla  
Mendoza  
Morón  
Palacio  
Pellegrini  
Puccio  
Quiroga  
Terán  
Uriburu (F.)  
Uriburu (J. E.)

I

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión.

—Se lee:

*Honorable Senado:*

La Comisión de Guerra ha estudiado el proyecto de ley, enviado en revisión, por la honorable Cámara de Diputados, sobre organización del ejército de la Nación; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconseja su sanción, con las modificaciones que ha creído deber introducir.

Sala de Comisiones, noviembre 14 de 1901.

L. A. Córdoba.—L. Quiroga.—  
D. Morón

### Planilla de modificaciones de la Comisión del Senado

1ª—En el artículo 8º substituir las palabras finales que dicen «dos meses, aquellos á quienes haya tocado el servicio de dos años», por las siguientes «y cuatro meses, aquellos á quienes haya tocado el servicio de dos años, sin que este beneficio pueda exceder al 10 % de los individuos de la clase convocados en uno y otro caso».

2ª—En el inciso 3º del artículo 11: agregar, después de la palabra «sargentos» las siguientes: «y cabos del ejército permanente».

3ª—En el encabezamiento del artículo 17 intercalar las siguientes: «de la misma clase».

4ª—En el artículo 38, después de las palabras «Ministerio de la Guerra», intercalar las siguientes: «é inspector de milicias, respectivamente».

5ª—En el artículo 42, redactado como sigue: «Un nuevo enrolamiento general será efectuado cada cinco años después; además el Poder Ejecutivo podrá decretar enrolamientos parciales cuando lo estime necesario, unos y otros en la forma que reglamente el Poder Ejecutivo».

6ª—Agregar al final del segundo párrafo del artículo 69: «debiendo liquidársele la última parte del sobresueldo de conscripto, fijado por el artículo 94 de la presente ley, en la proporción correspondiente al tiempo que ha servido como conscripto».

7ª—El artículo 96, redactado como sigue: «El empleado público llamado al servicio militar podrá ser reemplazado sólo provisoriamente. Su reemplazante gozará de la mitad del sueldo del titular, debiendo la otra entregarse al conscripto».

8ª—El inciso del artículo 100 redactado como sigue: «A los miembros del clero regular y del clero secular y seminarista, así como á los ministros de todas las religiones. Todo seminarista que por cualquier motivo abandonase la carrera eclesiástica, queda, hasta los

28 años cumplidos obligado á prestar en el ejército permanente el tiempo de servicio que por sorteo le toque».

#### PROYECTO DE LEY

*El Senado y Cámara de Diputados, etc.*

### TÍTULO I

#### Disposiciones generales

Artículo 1º—Todo argentino debe el servicio militar personal.

Art. 2º—La obligación del servicio militar es igual para todos y tendrá una duración de 25 años.

Art. 3º—Nadie podrá ingresar en adelante al ejército nacional, en carácter permanente, si no es ciudadano argentino ó naturalizado argentino.

Art. 4º—Los individuos que antes de su incorporación al ejército ó mientras estén incorporados sufran condena judicial, por delitos que revelen inmoralidad notoria, á juicio del Poder Ejecutivo, prestarán sus servicios en cuerpos disciplinarios, ó serán destinados á servicios ó trabajos especiales, después de cumplida la condena.

Art. 5º—Nadie será admitido en adelante á desempeñar un puesto en las administraciones dependientes de la nación, si no justifica haber satisfecho las prescripciones del servicio militar impuestas por la presente ley.

Art. 6º—Los jefes, oficiales, clases y asimilados de todos los grados y de todas las armas del ejército permanente no pueden ejercitar ningún derecho electoral, ni tomar, directa ni indirectamente, participación alguna en política, mientras tengan mando de fuerzas ó desempeñen funciones en cualquier repartición dependiente del Ministerio de Guerra. Los individuos de tropa del ejército permanente quedan sujetos á las mismas prohibiciones, durante el tiempo de servicio que les corresponda por la presente ley.

Estas disposiciones se harán extensivas á los individuos de la reserva, de cualquiera graduación, mientras estén movilizados, desde la fecha de la convocatoria hasta la de su licenciamiento, de acuerdo con las prescripciones de esta ley.

Art. 7º—Las convocatorias para maniobras ó ejercicios de la reserva del ejército de línea, guardia nacional ó guardia territorial, no podrán efectuarse con anticipación menor de 45 días, ó posterior de 15 días á la celebración de un acto electoral.

Art. 8º—Los ciudadanos de la clase de 20 años, que comprueben haber adquirido en los polígonos de tiro la práctica y precisión que el Poder Ejecutivo determine en la reglamentación de esta ley, serán dispensados: de un mes de servicio en las filas del ejército permanente, aquellos á quienes haya tocado el servicio de seis meses, y de dos meses, aquellos á quienes haya tocado el servicio de dos años.

Art. 9º—El Poder Ejecutivo Nacional, en la capital federal y territorios nacionales, y los gobernadores de provincia en las suyas respectivas, quedan facultados para prorrogar por ocho días el tiempo de servicio, en cada convocatoria, á toda guardia nacional que no haya satisfecho exactamente á las condiciones del tiro, determinadas por el gobierno federal en los correspondientes programas de instrucción de la guardia nacional.

### TÍTULO II

#### Constitución del ejército

Art. 10—El ejército de la nación se compone:

- 1º—Del ejército de línea.
- 2º—De la guardia nacional.
- 3º—De la guardia territorial.

### TÍTULO III

#### Del ejército de línea

Art. 11—El ejército de línea lo forman: el ejército permanente y su reserva, como sigue:

1º—El cuerpo de oficiales superiores, jefes y oficiales subalternos y asimilados del ejército permanente, de acuerdo con la ley respectiva.

2º—Los jefes y oficiales de reserva, reclutados de acuerdo con la presente ley.

3º—Las clases: suboficiales, sargentos y cabos de ejército permanente y los de su reserva, reclutados en la forma fijada por la presente ley.

4º—Los contingentes de conscriptos de las ocho clases de 20 años cumplidos á 28 años igualmente cumplidos, considerados aptos para el servicio militar, cualquiera que sea su estado civil.

5º—Una cantidad de soldados voluntarios, cuyo número no podrá, en tiempo de paz, exceder de 1.800. En caso de guerra, el número de soldados voluntarios no será limitado.

6º—Los destinados, por infracción á las obligaciones impuestas por la presente ley.

7º—El personal de voluntarios (músicos, cornetas y tambores) necesarios para las bandas militares.

Art. 12—De acuerdo con el párrafo 4º del artículo 12 que antecede, los conscriptos de las clases de 20 á 28 años cumplidos que, en virtud de la presente ley, forman parte del ejército de línea, dependen directa y exclusivamente del ejército federal, desde el momento de su enrolamiento, que deberá efectuarse, imprescindiblemente, dentro de los 90 días después de cumplir los 19 años, hasta su pasaje á la guardia nacional, al cumplir los 28 años.

Art. 13—Los argentinos de la clase de 20 años (cumplidos en el año anterior de su llamamiento) reconocidos aptos para el servicio militar, serán incorporados al ejército permanente, por el término de seis meses, con excepción de los destinados por la ley número 3948 para el servicio de la armada, y de otra cantidad que no podrá exceder de la quinta (1/5) parte del total de los individuos reconocidos aptos para el servicio de dicha clase, los cuales serán incorporados al ejército permanente, por el término de dos años. El Poder Ejecutivo podrá, por razones de presupuesto, reducir este tiempo de servicio continuado en las filas, hasta cuatro meses para los primeros y veintidós meses para los segundos.

Art. 14—El Poder Ejecutivo podrá, cuando alguna necesidad urgente del servicio lo requiera, prorrogar hasta tres meses el licenciamiento de los contingentes de dos años y seis meses incorporados en el ejército permanente; y esto aun cuando los nuevos contingentes de la clase siguiente hubiesen ya sido incorporados al mismo ejército.

Art. 15—El Poder Ejecutivo determinará cada año, con suficiente anticipación, el número de conscriptos de la clase de 20 años que serán incorporados por dos años á la armada y al ejército.

Para designarlos, se procederá á efectuar el sorteo de toda la clase, en la forma en que será reglamentada por el Poder Ejecutivo. Aquellos á quienes toquen los números más altos formarán el contingente para la

armada; los siguientes, el contingente de dos años para el ejército permanente, y el resto constituirá los contingentes destinados al servicio de seis meses para el mismo ejército.

Art. 16—El conscripto perteneciente por el sorteo á uno de los contingentes enuncia los que no se incorporase en la fecha para la cual fuese convocado, será reemplazado por el número siguiente, aun cuando éste forme parte de otro contingente, sin perjuicio de aplicar en cualquier tiempo, al infractor, las penalidades establecidas por la presente ley.

Art. 17—Después de la incorporación, queda autorizada la permuta de servicio entre un conscripto á quien haya tocado el servicio de dos años, con un conscripto perfectamente apto, á quien haya tocado el servicio de seis meses, bajo las condiciones siguientes:

a) El conscripto de seis meses manifestará á la autoridad militar correspondiente, formalmente y por escrito y con intervención de su padre ó tutor, que acepta voluntariamente hacer el servicio de dos años, que correspondía al conscripto que propone el cambio, tomando ante el gobierno todas las obligaciones correspondientes á éste.

b) La permuta implica únicamente el cambio de tiempo de servicio que á cada uno de los dos conscriptos corresponda hacer en el ejército permanente, terminado el cual ambos quedan obligados á formar parte de la reserva de dicho ejército, con todas las obligaciones inherentes á la misma, hasta su pasaje á la guardia nacional, al cumplir los 28 años.

c) El conscripto de dos años, ó su padre ó tutor, pagará á los seis meses una suma que será fijada entre ellos, sin poder, sin embargo, ser menor de seiscientos pesos moneda nacional (\$ 600 m/n). Esa suma será depositada en el Banco de la Nación Argentina ó sucursal más próxima, á la orden del Ministerio de la Guerra, quien la hará pagar al conscripto interesado, en tabla y mano propia, en esta forma: Pesos 100 m/n un mes después de firmarse el contrato de permuta; sucesivamente, pesos 10 m/n mensualmente; y el resto de la suma, al terminar el servicio de dos años.

d) En caso de fallecimiento de un conscripto que esté desempeñando así un servicio de dos años, las cuotas que aún queden á su haber serán entregadas á sus legítimos herederos, debiendo entregársele á él personalmente, en caso de haberse inutilizado en acto de servicio. Pero en caso de desertión ó de expulsión del ejército, por falta legalmente comprobada, entonces la suma que aún restase pasará á engrasar el fondo del departamento de Guerra, destinado á las construcciones militares indicadas en el párrafo siguiente.

e) Todo contrato de permuta de servicio, será extendido en papel con timbre especial del Ministerio de Guerra, de costo de doscientos pesos moneda nacional (\$ 200 m/n). El importe de venta de estos papeles, estará exclusivamente destinado á aumentar el fondo del departamento de Guerra necesario para construcciones de hospitales militares regionales, sanatorios, edificios para asilos de inválidos ó huérfanos de militares, ó todo otro instituto de beneficencia del ejército.

#### RESERVA DEL EJÉRCITO DE LÍNEA

Art. 18—Terminado su tiempo de servicio en las unidades permanentes del ejército de línea, los conscriptos pasarán á constituir la reserva de éste: una parte, afectada á las compañías, escuadrones y baterías de las unidades permanentes, hasta alcanzar el efectivo reglamentario de éstos en pie de guerra, y el resto á constituir las otras unidades de movilización que, con las permanentes, constituyen el total del ejército de línea: todo de acuerdo con la reglamentación que dictará al respecto el Poder Ejecutivo.

Art. 19—Los hombres que forman la reserva del ejército de línea, están obligados á incorporarse á sus cuerpos respectivos, en caso de movilización ó convocatoria de la clase ordenada por decreto del Poder Ejecutivo, de acuerdo con las prescripciones de la presente ley.

Art. 20—Igualmente, los hombres que constituyen la reserva del ejército de línea, están obligados, durante su tiempo de servicio en dicha reserva, á efectuar dos períodos de ejercicios ó maniobras, de una duración máxima de un mes por período, en las épocas y forma que reglamente el Poder Ejecutivo.

Art. 21—Además de los períodos de instrucción que anteceden, el Poder Ejecutivo queda facultado á convocar para dos períodos de instrucción de cuadros, de una duración máxima de 15 días cada uno, á los jefes, oficiales y clases de reserva, en aquellos años en que no se haga en la región respectiva convocatoria para instrucción de reservistas.

Art. 22—Llamados al servicio, los hombres de la reserva gozarán de todas las prerrogativas y estarán sometidos á todas las obligaciones impuestas á los militares del ejército permanente por las leyes y reglamentos en vigor:

1°—En caso de movilización, á partir del día de su llamamiento á la actividad, hasta aquel en que fuesen licenciados.

2°—Fuera del caso de movilización—cuando fuesen convocados para maniobras, ejercicios ó revistas—desde el instante de su presentación hasta su licenciamiento.

#### TÍTULO IV

##### De la guardia nacional

Art. 23—La guardia nacional la forman:

1°—Los jefes y oficiales de guardia nacional, nombrados por los gobiernos de provincia en las suyas respectivas, y por el Poder Ejecutivo nacional en la capital de la República y territorios nacionales.

2°—Las clases.

3°—Los hombres pertenecientes á las doce clases de 28 años cumplidos á 40 años igualmente cumplidos.

Art. 24—Las fuerzas que constituyen la guardia nacional tendrán una organización táctica análoga á la del ejército de línea; pero, cada gobierno de provincia, en la suya respectiva, y el gobierno nacional en la capital de la República y territorios nacionales, correrán con todo lo relativo á su instrucción, la que será dada en la forma que reglamente el Poder Ejecutivo.

Art. 25—Los jefes y oficiales de la guardia nacional serán nombrados por los gobiernos de provincias, en las suyas respectivas, y por el Poder Ejecutivo Nacio-

nal en la capital federal y territorios nacionales, de acuerdo con las condiciones reglamentando la presente ley.

Art. 26—Los oficiales de la reserva que, en razón de haber cumplido 28 años, fueran autorizados á continuar sus servicios en la guardia nacional, no pueden ser obligados á servir en ésta en un grado inferior al de su empleo en la reserva; pero si rehusaran prestar sus servicios como tales en la guardia nacional, entonces se les obligará á servir como simples soldados en la clase que por su edad les corresponda.

Art. 27—Los jefes y oficiales en retiro del ejército permanente que fuesen aún aptos para el servicio, están autorizados á aceptar los empleos de su categoría, ó mayor que les fueren ofrecidos en la guardia nacional, sin que esto pueda darles derecho á otro emolumento, de parte de la nación que el retiro de que gozan.

Art. 28—En la capital de la República y territorios federales, el Poder Ejecutivo Nacional y en las provincias sus gobiernos, establecerán academias militares á que concurrirán obligatoriamente los jefes y oficiales de la guardia nacional. La instrucción en esas academias se dará de acuerdo con la reglamentación que dicte el Poder Ejecutivo.

Art. 29—Los sargentos y cabos de reserva del ejército de línea, pasarán en su jerarquía á la guardia nacional.

Art. 30—Los hombres que constituyen la guardia nacional están obligados, durante los doce años que forman parte de la misma, á efectuar cuatro periodos de instrucción en campamentos ó maniobras de campaña de una duración máxima de quince días cada uno, en la forma que reglamente el Poder Ejecutivo.

Para los efectos de esta instrucción, el gobierno nacional prestará todo su concurso á los gobiernos de provincia, y podrá, si las ventajas de la instrucción ó necesidades de las maniobras lo exigieren, sacar de sus provincias respectivas algunas unidades ó la totalidad de los efectivos de la guardia nacional convocados á instrucción.

Art. 31—Los gobiernos de provincia nombrarán un inspector general de milicias, encargado de la dirección inmediata de la instrucción de la guardia nacional y guardia territorial.

Será obligación de este funcionario pasar informe al Ministerio de Guerra sobre el resultado del enrolamiento, organización de los cuerpos, nómina de los jefes y oficiales, estado y resultado de la instrucción, etc.

Art. 32 El Poder Ejecutivo nacional determinará la forma de proveer al armamento, vestuario y sostén de la guardia nacional, cuando la convocase á periodos de instrucción.

## TÍTULO V

### De la guardia territorial

Art. 33—La guardia territorial la forman:

1°—Los jefes y oficiales de la guardia nacional territorial, nombrados por los gobiernos de provincia en las suyas respectivas y por el Poder Ejecutivo en la capital de la República y territorios nacionales.

2°—Las clases procelentes (en sus grados) de la guardia nacional y para completar las que faltasen, los individuos que satisfagan las condiciones que determine el Poder Ejecutivo para la capital y territorios nacionales.

3°—Los hombres pertenecientes á las cinco clases de 40 años cumplidos á 45 años cumplidos.

Art. 34—Las fuerzas que constituyen la guardia territorial tendrán una organización táctica análoga á las de la guardia nacional.

Art. 35—Los hombres que constituyen la guardia territorial están obligados, durante los cinco años que forman parte de la misma á efectuar anualmente un servicio de instrucción, durante cuatro domingos consecutivos, á objeto de recibir instrucción, especialmente de tiro, en la forma que determine el Poder Ejecutivo.

## TÍTULO VI

### Enrolamiento

Art. 36—A los efectos de la ejecución de la presente ley, todo ciudadano argentino desde la edad de 19 años cumplidos á los 45 años, igualmente cumplidos, está obligado á enrolarse, dentro de los tres meses de haberlos cumplido:

1°—En el ejército de línea los comprendidos entre los 19 y 28 años cumplidos. El enrolamiento de éstos depende exclusivamente del Poder Ejecutivo nacional, y será efectuado en la forma que éste determine.

2°—En la guardia nacional los comprendidos entre los 28 y 40 años cumplidos, y en la guardia territorial los comprendidos entre los 40 y 45 años cumplidos; efectuándose este enrolamiento en las provincias por los gobernadores de las suyas respectivas, y en la capital federal y territorios nacionales por el Poder Ejecutivo nacional. Para uno y otro caso, en la forma que el Poder Ejecutivo reglamente, en cumplimiento de la presente ley.

Art. 37—Cada ciudadano, al enrolarse, está obligado á presentar los documentos legales que comprueben su edad; de lo contrario, ésta será fijada de oficio por las autoridades indicadas en el artículo 36 que antecede, mediante los documentos é informaciones obtenidas, y que sean suficientes, á juicio de dichas autoridades.

Art. 38—La declaración de edad es obligatoria hacerla, en nombre de los ausentes del distrito, partido, etc., por sus padres ó tutores, ó dirigirla por escrito, al Ministerio de Guerra, y por los ausentes fuera del país, en los consulados de la República. En todos los casos, dentro del término fijado por la presente ley.

Art. 39—Los registros permanecerán abiertos durante todo el año para la inscripción de los ciudadanos.

Art. 40—Las edades á que hace referencia el artículo 36 se entiende que es la de 20 años cumplidos en el año anterior al de su llamamiento, 28 años cumplidos el año anterior al de su pase á la guardia nacional, y 40 años cumplidos el año anterior al de su pase á la guardia territorial.

Art. 41—En ejecución del artículo 36 del presente título, el Poder Ejecutivo procederá á efectuar un enrolamiento general en toda la República, dentro de los tres meses siguientes á la promulgación de la presente ley.

Art. 42—Un nuevo enrolamiento general será efectuado cada cinco años después; uno y otro en la forma que reglamente el Poder Ejecutivo.

Art. 43—Ninguna omisión ó error en el enr



podrá justificar la falta de cumplimiento de la obligación del servicio. Los que lo eludieren por esta razón, serán obligados á prestarlo en cualquier momento en que se compruebe el defecto.

## TÍTULO VII

### Jefes y oficiales de reserva

#### JERARQUÍA

Art. 44—La jerarquía de los jefes y oficiales de reserva se compone: de subteniente, teniente 2°, teniente 1°, capitán, mayor.

#### RECLUTAMIENTO

Art. 45—Los jefes y oficiales de reserva, para completar los cuadros de jefes y oficiales necesarios á la movilización del ejército de línea, serán reclutados de la manera siguiente: subtenientes ó asimilados:

- Los alumnos del colegio militar que hayan rendido satisfactoriamente el examen de primer año.
- Los suboficiales procedentes del ejército permanente.
- Los voluntarios, aspirantes á oficiales de reserva, de acuerdo con las reglas fijadas en el artículo 47 siguiente.
- Los que han satisfecho á las condiciones del servicio en el ejército permanente, impuestas por la presente ley, y respondan á las prescripciones que el Poder Ejecutivo reglamente.

Art. 46—Los ciudadanos mayores de 17 años cumplidos y menores de 19 años, igualmente cumplidos, que hubiesen terminado satisfactoriamente el 4° año de estudios en los colegios nacionales ó establecimientos de enseñanza secundaria, que aspiren á ser oficiales en la reserva del ejército de línea, serán admitidos en calidad de soldados voluntarios, aspirantes á oficiales de reserva, en las unidades del ejército permanente, por el término de diez meses. Terminado éste, aquellos voluntarios aspirantes que satisfagan al programa fijado por el Poder Ejecutivo para el grado de subteniente de reserva, recibirán este grado, si hubiese vacante; y de no haber, quedan con derecho á ocupar la primer vacante que se produzca.

Art. 47—Un oficial ó aspirante á oficial, así egresado del ejército de línea, queda eximido de ser comprendido en el sorteo de su clase, y en caso de no haber ascendido á oficial, por falta de vacante, será incorporado á la reserva como suboficial, hasta que se produzca la vacante de subteniente que le corresponde.

Art. 48—El número de voluntarios aspirantes á oficial de reserva, que pueden ingresar al ejército permanente en esa forma, no podrá sobrepasar de 300 por año.

Art. 49—Los exalumnos del colegio militar, que hayan rendido examen satisfactorio de 2° año, serán reconocidos en el empleo de teniente 2° de reserva; y los exalumnos del mismo colegio, que hayan rendido examen de 3° año, igualmente satisfactorio, serán reconocidos en el empleo de teniente 1°, llenando en ambos casos las condiciones que el Poder Ejecutivo determine.

Art. 50—Los jefes y oficiales del ejército permanente, á quienes se acuerde la baja ó el retiro y estén dentro de los límites de edad y además en estado

de salud que les permita hacer campaña, quedan obligados á continuar prestando sus servicios, en su grado, en la reserva.

Art. 51—Los jefes y oficiales de la reserva tendrán despachos firmados por el Presidente de la República, y serán destinados á los cuerpos y servicios que determine el Ministro de Guerra. Ellos podrán ser dados de baja ó privados de sus empleos, por decreto presidencial—previo sumario—por incapacidad, falta grave en el servicio, inasistencia injustificada á un período de ejercicios, mala conducta ó falta de cumplimiento á sus obligaciones civiles ó militares, etc., etc.

Art. 52—Los jefes y oficiales de la reserva serán dados de baja de los cuadros de la misma, cuando lleguen al siguiente límite de edad:

Mayores.....	50 años
Capitanes.....	45 »
Tenientes 1 <sup>os</sup> .....	40 »
Tenientes 2 <sup>os</sup> .....	40 »
Subtenientes.....	40 »

Art. 53—Los mayores de reserva, en aquellos años en que sus respectivos cuerpos de reserva no sean convocados á períodos de instrucción, ni llamados á instrucción de cuadros, podrán ser convocados á efectuar un período de instrucción, de duración máxima de quince días, en las unidades permanentes del ejército de línea.

Art. 54—Durante los períodos de instrucción, en las unidades del ejército permanente, para la preparación á exámenes, los jefes y oficiales de la reserva sólo gozarán del prest que á su jerarquía corresponda.

Art. 55—En los períodos de instrucción gozarán del sueldo y prest que á cada jerarquía la ley de presupuesto asigna á los jefes y oficiales del ejército permanente.

Art. 56—En caso de movilización, los jefes y oficiales de reserva gozarán, según jerarquía del sueldo, prest, ayuda de costas y demás asignaciones que se fijen para los jefes y oficiales del ejército permanente.

Art. 57—Los jefes y oficiales de la reserva tienen derecho á obtener su baja como tales; y ésta les será acordada por el Poder Ejecutivo, cuando así lo soliciten, debiendo en tal caso pasar á formar parte, como soldados de la categoría que les corresponda por su edad.

Art. 58—A grado igual, los jefes, oficiales y asimilados del ejército permanente, tienen superioridad sobre los de reserva.

Art. 59—Los jefes y oficiales de reserva no serán reconocidos en ningún grado del ejército permanente. Sólo en caso de guerra nacional, por acción heroica ó distinguida, debidamente comprobada en la forma que prescriben las leyes vigentes del ejército, y dada á conocer en la orden del día por el comandante en jefe del ejército, podrán ser reconocidos, por decreto del Presidente de la República, en sus grados respectivos, como jefe ó oficial del ejército permanente; sin embargo, el número de jefes ó oficiales de reserva reconocidos en estas condiciones, no podrá sobrepasar en toda la guerra el 5 % de la cantidad de jefes y oficiales que serán fijados para cada categoría y arma, en la ley respectiva de reclutamiento y ascensos de jefes y oficiales del ejército permanente.

Art. 60—El mando atribuido á cada una de las jerarquías de jefes y oficiales de reserva, será el fijado para las mismas en la ley respectiva del ejército permanente.

Art. 61—No podrá haber en el ejército de línea, co

mo jefes y oficiales de reserva, más del número siguiente:

Mayores.....	150
Capitanes.....	900
Tenientes 1 <sup>os</sup> .....	1000
Tenientes 2 <sup>os</sup> .....	1200
Subtenientes.....	1400

#### ASCENSOS

Art. 62—Para ascender de un grado á otro, en la reserva del ejército de línea, además de la condición del tiempo mínimo en cada grado, fijada por la ley de ascensos para los jefes y oficiales del ejército permanente, se requiere haber efectuado en las unidades del ejército, una práctica de dos meses en el desempeño del grado al cual aspira, y satisfará las condiciones teóricoprácticas que el Poder Ejecutivo reglamente.

Art. 63—Los ascensos serán dados para llenar las vacantes que estrictamente existan para completar la cantidad asignada á cada grado en el artículo 62 de la presente ley.

#### TÍTULO VIII

### Reclutamiento de clases del ejército permanente

#### JERARQUÍA

Art. 64—La jerarquía de clases del ejército de línea, guardia nacional y guardia territorial, se compone así: suboficial, sargento, cabo 1<sup>o</sup>, cabo 2<sup>o</sup>.

Art. 65—Las clases para las unidades del ejército permanente se reclutarán del modo siguiente:

- 1<sup>o</sup>—Los conscriptos que se encuentren en el ejército permanente, terminado el cuarto mes de presencia bajo banderas, que hayan demostrado aptitudes militares, condiciones morales, inteligencia, etc., podrán aspirar á ingresar en la escuela de aplicación de clases, de donde egresarán como cabos 2<sup>os</sup>, si satisfacen á las pruebas que en ellas se establezcan.
- 2<sup>o</sup>—Los cabos 1<sup>os</sup>, entre los cabos 2<sup>os</sup> que hayan servido como tales, seis meses por lo menos, y demostrado aptitudes para el empleo, así como buena conducta.
- 3<sup>o</sup>—Los sargentos, entre los cabos 1<sup>os</sup> que hayan servido un año en este empleo y que reúnan aptitudes de mando y conducta intachable.
- 4<sup>o</sup>—Los suboficiales, entre los sargentos que hayan servido por lo menos dos años y cuya conducta intachable, aptitudes y preparación para el mando merezcan esta alta recompensa de su jerarquía.

Art. 66—Los grados, en tiempo de paz, se concederán por orden riguroso de jerarquía.

Art. 67—Los suboficiales constituyen una categoría especial entre las clases, siendo intermedia entre éstas y los oficiales, pero sin que puedan, en ningún caso, ascender á oficiales en tiempo de paz. En tiempo de guerra podrán excepcionalmente ser ascendidos á oficial, cuando realicen una acción heroica ó distinguida, debidamente comprobada.

Art. 68—El alumno de la escuela de aplicación de clases que obtenga el número 1 en la clasificación del total de alumnos de la escuela, podrá ingresar al co-

legio militar, en calidad de alumno becado, quedando desde ese momento anulado el contrato que firmó para servir como clase.

Art. 69—Los individuos del ejército permanente que aspiren al ingreso en la escuela de aplicación de clases, deberán firmar antes un contrato con la autoridad militar, obligándose á servir como clase, por el término de cuatro años, á contar desde el día de su egreso de la escuela.

Si el individuo incorporado á la escuela de clases perteneciese á los conscriptos de dos años, en caso de rendir satisfactoriamente las pruebas de egreso, queda de hecho dispensado de completar el tiempo de servicio que como conscripto pudiera faltarle.

Este contrato será firmado por el padre ó tutor del interesado, si éste fuere menor de edad, como testimonio del compromiso contraído.

Art. 70—Todo contrato podrá ser renovado, una vez por cinco años y una segunda y última por seis años, si los interesados reúnen las condiciones enumeradas en el presente título, sin que una clase pueda permanecer en las unidades del ejército permanente más de quince años.

Art. 71—Toda clase destituida de su grado estará obligada á cumplir el término de su contrato, sin derecho alguno á las recompensas á que hubiere sido acreedor, en su carácter de clase, por el resto del período.

Art. 72—Los cabos y sargentos de las unidades del ejército permanente que hayan terminado su compromiso, en caso de no renovar éste, pasarán como clases, en el grado inmediato superior, á las unidades de reserva del mismo; y los suboficiales que no renovasen el tercer período de seis años de servicio, para completar los quince, al concedérseles la baja como tales, serán nombrados subtenientes de reserva.

Art. 73—No podrá haber en el ejército permanente mayor número de suboficiales que el número de compañías, baterías, escuadrones y planas mayores de los cuerpos permanentes del ejército de línea.

Art. 74—Para completar el número de clases necesarios á las unidades del ejército permanente, el Ministro de Guerra puede acordar el ascenso á la categoría de cabo 2<sup>o</sup> á los conscriptos de dos años, después de terminado su primer año de permanencia en las filas, y siempre que satisfagan á las condiciones del examen teóricopráctico que será fijado para ellos por el Poder Ejecutivo. Dichos cabos 2<sup>os</sup> pueden ser ascendidos á cabos 1<sup>os</sup> siempre que reúnan las condiciones establecidas en el § 2 del artículo 66. Estos cabos 1<sup>os</sup> y 2<sup>os</sup> gozarán del sueldo fijado por el presupuesto para su jerarquía, y del sobresueldo establecido en el artículo 94 para los conscriptos de dos años, pero nó de los sobresueldos ni retiros establecidos en el título X para las clases profesionales egresadas de la escuela de clases.

#### TÍTULO IX

### Voluntarios

Art. 75—Los voluntarios que se incorporen al ejército de línea—escuelas y unidades permanentes—deberán acusar condiciones de excelente salud, buena conducta probada y demás aptitudes para el servicio militar, debiendo, además, ser solteros ó viudos sin hijos, y presentar la autorización legal de sus padres ó tutores, cuando fuesen menores de edad.

Art. 76—El mínimo para el ingreso en el colegio

militar queda fijado en 16 años, y como máximo 20 años para los civiles y 23 años para los que hayan prestado sus servicios en las filas del ejército permanente.

Para las otras escuelas, el Poder Ejecutivo fijará, en los reglamentos respectivos, el mínimo y el máximo de edad.

Art. 77—Los voluntarios á que hace referencia el párrafo 5°, artículo 12, título III, de la presente ley estarán especialmente afectados á los cuerpos destacados en la frontera ó que hagan el servicio de policía en los territorios nacionales; y para ser admitidos en las unidades del ejército permanente, además de responder á las condiciones del artículo 74, tendrán una edad mínima de 19 años y máxima de 38 años, y deberán haber satisfecho á las prescripciones del enrolamiento.

Art. 78—El tiempo de compromiso de todo voluntario será de dos años, como mínimo, y de cuatro como máximo, pudiendo hacer renovaciones sucesivas, por dos ó cuatro años, de modo que á la última no sobrepase la edad de 40 años al terminarse.

Art. 79—Los voluntarios pueden aspirar al ingreso en la escuela de clases, después de terminado el tiempo de su compromiso, y siempre que respondan á las condiciones de ingreso de la misma. Egresados de ella, con sus exámenes aprobados, tendrán derecho á los ascensos y otras ventajas establecidas para clases y suboficiales del ejército permanente.

Art. 80—Los voluntarios, terminado el tiempo de su compromiso en el ejército permanente, pasarán á formar parte de las unidades de la reserva del ejército de línea, en calidad de clases, si así lo prefiriesen y tuviesen aptitudes, quedando obligados á todos los períodos de ejercicios de reservas; pero si no aceptan ser clases, formarán parte de la reserva, como soldados de la misma, ó de la guardia nacional ó territorial, según corresponda por su edad, quedan lo dispensados de la presencia á los llamados de instrucción de la clase á que pertenezcan, salvo el caso de movilización.

Art. 81—Los contratos de los voluntarios se extenderán por escrito, según los formularios que establezca el Poder Ejecutivo, y la hoja en que se extienda el contrato tendrá impresos al reverso todos los artículos de este título.

Art. 82—Los voluntarios serán puntualmente dados de baja, al cumplir el tiempo de su servicio, salvo el caso de que se hallasen al frente del enemigo. Si fuesen detenidos indebidamente, los juzgados federales podrán decretar su baja, á pedido de los interesados, de sus parientes ó amigos.

Art. 83—A los efectos indicados en el párrafo c artículo 45, título VII, y en las condiciones que en el mismo se prescriben, se admitirá en las unidades del ejército permanente un número de voluntarios, aspirantes á oficiales de reserva, que no podrá exceder de 300 cada año.

Art. 84—Los voluntarios dados de baja recibirán, por cuenta del erario nacional, los pasajes necesarios para trasladarse á sus hogares, y deberán cumplir con las prescripciones del enrolamiento.

Art. 85—En caso de muerte, por heridas recibidas en acción de guerra, los herederos de los voluntarios tendrán derecho á recibir un año íntegro de sobresueldo, asignado en el artículo 93, título X, á los soldados voluntarios.

Art. 86—Tendrán derecho á lo prevenido en el precedente artículo, los que quedaren inválidos, por heri-

das recibidas en combate, ó que se inutilicen en servicio ordenado.

## TÍTULO X

### Recompensas á clases y soldados

#### SOBRESUELDOS

Art. 87—Todo cabo 2°, desde el momento de su egreso de la escuela de aplicación de clases, tendrá sobre el sueldo que asigna el presupuesto, una recompensa anual de ciento veinte pesos moneda nacional (\$ 120 moneda nacional) pagaderos, en proporción, mensualmente, durante los cuatro años de su compromiso.

Art. 88—Un cabo 2° que no hubiese ascendido á cabo 1° en los cuatro años de su compromiso, no podrá renovar su contrato y no tendrá derecho á las ventajas de retiro.

Art. 89—Todo cabo 1° ó sargento, en el primer período de su compromiso, tendrá un sobresueldo anual de ciento cincuenta pesos moneda nacional (\$ 150 m/n) los primeros, y de ciento ochenta pesos moneda nacional (\$ 180 m/n) los segundos, pagaderos proporcionalmente por mes.

Art. 90—Los cabos 1° y sargentos que tomen un segundo compromiso de cinco años, tendrán un sobresueldo anual de ciento ochenta pesos moneda nacional (\$ 180 m/n) los primeros, y de doscientos cuarenta pesos moneda nacional (\$ 240 m/n) los segundos, pagaderos igualmente proporcionalmente, por mes.

Art. 91—Los cabos y sargentos que renueven su compromiso por un tercer período, fijado en seis años, tendrán, durante éste, un sobresueldo anual de doscientos cuarenta pesos moneda nacional (\$ 240 m/n) los primeros, y de trescientos pesos moneda nacional (\$ 300 m/n) los segundos, pagaderos proporcionalmente por mes.

Art. 92—Los suboficiales, ascendidos á tales en el primero ó segundo período de su compromiso, tendrán un sobresueldo anual de trescientos pesos moneda nacional (\$ 300 m/n), y los que renueven éste por el tercer período, gozarán en él de un sobresueldo de cuatrocientos ochenta pesos moneda nacional (\$ 480 m/n) anuales, pagaderos proporcionalmente por mcs.

Art. 93—Los voluntarios incorporados al ejército permanente para los fines indicados en el artículo 77, título IX, de la presente ley, gozarán del sobresueldo mensual de diez pesos moneda nacional (\$ 10 m/n), sobre el sueldo que les tenga asignado el presupuesto.

Art. 94—Los conscriptos incorporados por dos años, recibirán un sobresueldo anual de ochenta y cuatro pesos moneda nacional (\$ 84 m/n), sobre el sueldo asignado por el presupuesto á los soldados conscriptos. Dicho sobresueldo será abonado del modo siguiente: \$ 2 m/n mensualmente, y los \$ 120 m/n restantes al ser licenciados al terminar su período de servicio.

#### PREFERENCIAS Á EMPLEOS CIVILES

Art. 95—Las clases que hayan desempeñado quince años sus servicios como tales, serán preferidos para llenar las vacantes que se produzcan en las distintas dependencias del Ministerio de Guerra, y que puedan ser desempeñadas por ellos, así como otros empleos civiles de la administración nacional, que serán determinados por el Poder Ejecutivo en la reglamentación de esta ley.

Art. 96—Sólo podrá ser reemplazado provisoriamente

el empleado público llamado al servicio militar. Su reemplazante gozará de la mitad del sueldo del titular, debiendo la otra entregarse al conscripto.

#### RETIRO

Art. 97—1° Los cabos primeros, sargentos y suboficiales, después de nueve años de servicios continuados como clases, tienen derecho á retiro, con la mitad del sueldo fijado por el presupuesto para sus grados.

2°—Los cabos primeros, sargentos y suboficiales, terminados los quince años de servicios continuados como clases, tienen derecho á retiro, con el sueldo íntegro, fijado por el presupuesto para sus grados.

Art. 98—Los retirados gozarán de su retiro íntegro, aun en el caso en que fuesen nombrados para desempeñar cualquier empleo de la administración nacional, cuyo sueldo les será abonado, igualmente íntegro, salvo el descuento que les corresponda para las cajas de los montepíos civil y militar, que tan lo de consiguiente con derecho á obtener también la jubilación del empleo civil que desempeñen, de acuerdo con la ley de la materia.

Art. 99—Las ventajas acordadas á las clases y soldados del ejército permanente, por este título, no podrán ser disminuidas para aquellas clases y soldados que estuviesen ya en servicio, en caso que se dictara alguna nueva ley que modifique lo presente.

### TÍTULO XI

#### Excepciones

Art. 100—Exceptuase del servicio militar:

- a) A los que, por enfermedad ó defecto físico, resulten inútiles para el servicio y no puedan ser empleados ni en los servicios auxiliares.
- b) Al hijo de madre viuda ó al hijo natural que atienda á la subsistencia de ésta ó de un padre septuagenario ó impedido.
- c) Al hermano que atienda á la subsistencia de hermanos menores, huérfanos de padre y madre, ó de hermanos impedidos.
- d) Al nieto que atienda á la subsistencia de la abuela pobre ó abuelo septuagenario ó impedido.
- e) Al mayor de los hermanos pertenecientes á una misma clase, ó al hermano menor de la clase siguiente, si estuviese ya bajo banderas un hermano, cumpliendo un servicio de dos años.
- f) Mientras duren sus funciones y empleos, á los miembros de los poderes públicos de la Nación y de las provincias, á los gobernadores y secretarios de los territorios federales.
- g) A los miembros del clero regular y del clero secular, así como á los ministros de todas las religiones.

To lo seminarista que, por cualquier motivo, abandonase la carrera eclesiástica, queda hasta los 28 años cumplidos, obligado á prestar en el ejército permanente el tiempo de servicio que por sorteo le toque.

Art. 101—Antes de concederse la excepción deberá, comprobarse debidamente la absoluta pobreza y otras causales que, necesariamente, han de ocurrir para que dichas excepciones puedan darse.

Art. 102—En tiempo de paz, los conscriptos de dos años, después de seis meses de permanencia bajo

banderas en el ejército permanente, si han satisfecho perfectamente el programa de instrucción militar y han observado conducta irreprochable, podrán ser licenciados, á su pedido, hasta la fecha de su pasaje á la reserva del ejército de línea, siempre que se encuentren en alguno de los casos que se enumeran á continuación.

- a) Los maestros de escuela, los médicos y practicantes nombrados para el servicio de los hospitales públicos y los empleados de ferrocarriles que fuesen indispensables al servicio, á juicio del Poder Ejecutivo.
- b) Los jóvenes que tengan aprobados sus exámenes anteriores y prosigan sus estudios para obtener un título profesional en una universidad, facultad ó instituto de enseñanza superior.

Sin embargo, el número de hombres á quienes alcance este beneficio, no podrá sobrepasar del 5 % del total de hombres de la clase incorporada por dos años. Este beneficio cesará desde el momento en que el individuo que goza de él, interrumpe—salvo el caso de enfermedad comprobada—los estudios á que hace referencia este artículo, en cuyo caso deberá incorporarse inmediatamente al cuerpo de que fué licenciado.

Art. 103—Toda excepción deberá ser renovada anualmente, al efectuarse el pago de la tasa militar establecida en el artículo 116 de la presente ley.

Art. 104—Todo ciudadano, cualquiera que fuese la categoría en que estuviese enrolado, tendrá la obligación de dar cuenta de haber desaparecido la causa de su excepción, cuando así ocurriese, dentro de los treinta días después de desaparecida dicha causa, debiendo, á su presentación, hacerse el sorteo para designar el tiempo de servicio que le corresponda. Los que se hallen fuera del territorio de la Nación, al desaparecer la causa de la excepción, darán aviso, por intermedio del consulado de la República, ó por escrito, al ministro de la Guerra, en donde no lo hubiese; debiendo proceder á regresar al país en el más breve tiempo, para prestar el servicio militar que le corresponde, y cuya duración se fijará igualmente por sorteo á su presentación.

### TÍTULO XII

#### Junta de excepciones

Art. 105—Entenderán en los reclamos de excepciones.

- 1° En la capital federal: un oficial superior, delegado por el ministro de Guerra, como presidente, y como vocales: el presidente del concejo deliberante municipal, un cirujano del ejército, el jefe del registro civil y un jefe del ejército, actuando como secretario y con voto.
- 2° En las capitales de provincia y de territorios nacionales y otros centros de población que en la reglamentación de esta ley determine el Poder Ejecutivo, la junta estará compuesta así: un oficial superior ó jefe del ejército permanente, designado por el ministro de Guerra, como presidente, y como vocales: un cirujano, delegado por la sanidad militar, el presidente de la municipalidad ó en su defecto, el intendente municipal del lugar en que actúe la junta; el jefe de sección del registro civil y un jefe ó oficial del ejército, actuando como secretario y con voto.



to. Los presidentes de las municipalidades de los puntos á que pertenezcan los individuos que soliciten excepción, tienen derecho á ocupar el puesto correspondiente al presidente de la municipalidad del lugar en que funcione la junta, siempre que se presente en este lugar en el momento en que se tome en consideración la solicitud de excepción de aquéllos.

3º Cuando el presidente ó intendente municipal fuese extranjero, será reemplazado por el juez local superior.

Art. 106.—Las juntas á que se refiere el artículo anterior, ejercerán sus funciones, sin perjuicio de la jurisdicción que corresponde á los jueces federales; pero en caso que una apelación sobre excepción no hubiese sido despachada por el juez federal competente, hasta la fecha fijada para la incorporación al ejército del ciudadano solicitante de la excepción, queda éste obligado á efectuar dicha incorporación y esperar en las filas el fallo definitivo del juez.

Art. 107.—Los miembros de la junta de excepciones, á que se refiere el artículo 106, que acordaren excepciones ineludiblemente, serán penados, en cada caso, con una prisión de tres meses á un año. Los militares miembros de las juntas que incurriesen en tales penas, cumplirán su condena en una fortaleza, y en su defecto, dentro del recinto de un cuartel; y los civiles, en la prisión que determine el juez competente.

Art. 108.—El cargo de miembro de la junta de excepciones será desempeñado gratuitamente, y es irrenunciable. Su excusación inmotivada, así como la falta de asistencia á las reuniones de la junta, será castigada, en cada caso, con quince días á tres meses de prisión.

### TÍTULO XIII

#### Penalidades

Art. 109.—El argentino que no cumpla con las prescripciones del enrolamiento determinadas en la presente ley, será penado con un año de servicio continuado en las filas del ejército permanente, sin perjuicio del enrolamiento en la categoría que le corresponda.

Art. 110.—El conscripto á quien haya tocado el servicio de dos años, que no se incorporase en la fecha fijada á las filas del ejército permanente, para efectuar en él su tiempo de servicio, será penado con un año de recargo de servicio continuado en las filas, después de terminar los dos años que le correspondía hacer. Al que le toque servicio de seis meses, y no se incorporase en la fecha fijada, será penado con un año y medio de recargo de servicio continuado en las filas, después de terminar los seis meses que le correspondía hacer.

Art. 111.—El reservista que no se presentara á la convocatoria, para realizar los periodos de instrucción que determine el Poder Ejecutivo, en cumplimiento de la presente ley, será penado con un año de servicio continuado en las filas del ejército permanente.

Art. 112.—El guardia nacional que no se presente á la convocatoria para efectuar en ella un periodo de instrucción, en la forma ordenada por el Poder Ejecu-

tivo, de acuerdo con la presente ley, será penado con seis meses de servicio continuado en las filas del ejército permanente.

Art. 113.—El guardia territorial que no se presente á la convocatoria para efectuar el periodo de instrucción fijado en el artículo 36 de la presente ley, será penado con un mes de servicio continuado en las filas del ejército permanente.

Art. 114.—El ciudadano que no cumpliera la disposición contenida en el artículo 102, título XI, será penado con seis meses de servicio continuado en las filas, además el tiempo que le correspondía por sorteo, si un contingente de su clase estuviese bajo banderas en el ejército permanente.

Art. 115.—Los conscriptos que después de haber sido incorporados á las filas del ejército, sea por dos años ó por seis meses, fuesen licenciados provisionalmente, por causas distintas á las indicadas en el artículo 100, en caso de no reincorporarse al ejército en la fecha que les ha sido prescripto, serán penados con un año de recargo de servicio continuado en las filas del ejército permanente, sobre el tiempo que aún les hubiese faltado de servicio.

Art. 116.—Todos los infractores que se encuentren cumpliendo su servicio y su recargo, no podrán gozar de otro sueldo que el menor asignado á los conscriptos, que habiendo sin derecho á ningún sobresueldo.

Art. 117.—En principio, los infractores á que se refieren los artículos anteriores, cumplirán su servicio y el recargo en los cuerpos del ejército destacados en fronteras, ó que hagan el servicio de policías en los territorios nacionales.

Art. 118.—Los militares á que se refiere el artículo 6º de la presente ley, incurrirán en las penas establecidas en el capítulo II, título II, sección 2ª del libro 2º del código Penal Militar.

### TÍTULO XIV

#### Tasa militar

Art. 119.—Todo ciudadano, desde la edad de veinte años cumplidos, hasta los cuarenta y cinco años, igualmente cumplidos, legalmente exceptuado del servicio militar, está obligado al pago anual de un impuesto especial que se llama *tasa militar*, en la forma siguiente:

- 1º Toda excepción del servicio militar, otorgada á un ciudadano de la clase de 20 años, deberá ser extendida en papel sellado con timbre especial del Ministerio de Guerra, de un valor de veinticinco pesos moneda nacional (\$ 25 m/n).
- 2º Toda excepción del servicio militar, otorgada á un ciudadano de la edad de 21 años á 28 años cumplidos, deberá ser extendida en papel sellado con timbre especial del Ministerio de Guerra, de un valor de doce pesos moneda nacional (\$ 12 m/n).
- 3º Toda excepción del servicio militar, otorgada á un ciudadano de la edad de 28 á 40 años cumplidos, deberá ser extendida en papel sellado con timbre especial del Ministerio de Guerra, de un valor de seis pesos moneda nacional (pesos 6 m/n).

4° Toda excepción del servicio militar, otorgada a un ciudadano de 40 á 45 años cumplidos, deberá ser extendida en papel sellado con timbre especial del Ministerio de Guerra de un valor de dos pesos moneda nacional (pesos 2 m/n).

Art. 120—La tasa militar deberá ser abonada al otorgarse la excepción y anualmente al ser renovada, pues ésta sólo es válida por un año.

Art. 121—Las personas indicadas en los parágrafos f y g del artículo 98, título XI, quedan eximidas del pago de la tasa militar, mientras estén comprendidas en dichos parágrafos.

Art. 122—Todos los individuos que hayan cumplido su servicio en las unidades permanentes del ejército de línea, ó los que se hayan inutilizado en el mismo, en virtud de un servicio, quedan exceptuados del pago de la tasa militar que con arreglo á la presente ley les correspondiera abonar.

Art. 123—Los padres ó tutores serán solidarios del pago de la tasa militar correspondiente á los exceptuados, durante la menor edad de éstos.

Art. 124—El pago de la tasa militar se hará á la junta de excepciones en el momento mismo en que la excepción se otorgase.

Art. 125—Los pobres de solemnidad están exceptuados del pago de la tasa militar. Este estado de pobreza deberá ser comprobado con la declaración escrita y firmada ante la junta de excepciones por dos testigos—de reconocida responsabilidad,—quienes están sujetos á la pena de los encubridores, si la declaración de pobreza extrema fuera infundada. La junta de excepciones apreciará los fundamentos de excepción del pago de la tasa militar.

Art. 126—El personal de la junta de excepciones que otorgase indebidamente la excepción del pago de la tasa militar, en el caso determinado por el artículo 122, queda obligado al pago de la suma que importe la excepción indebidamente acordada.

Art. 127—Los fondos procedentes del pago de la tasa militar por excepciones serán depositados por la junta en el Banco de la Nación Argentina, ó sucursal de éste más próxima de la región en que la junta funcionase, á la orden del Ministerio de Guerra, para gastos exclusivos del ejército, en la forma que determina el artículo siguiente.

Art. 128—El 40 % de los fondos provenientes del pago de la tasa militar, será destinado á construcciones militares y adquisición de campos de maniobras y su instalación; el otro 40 %, á robustecer las partidas del presupuesto de guerra destinadas á maniobras del ejército de línea y guardia nacional; y el 20 % restante al Montepío militar, para contribuir al pago de los retiros creados por la presente ley, para suboficiales, sargentos y cabos.

## TÍTULO XV

### Division regional

Art. 129—Para los efectos de ejecución de la presente ley, en lo que concierne el ejército de línea, la República será dividida en diez regiones, cuyos límites determinará el Poder Ejecutivo en el decreto reglamentario, en concepto á movilizar dentro de cada región los elementos necesarios para la constitución

de una división de ejército en pie de guerra, y además, una ó más divisiones y brigadas de caballería independiente en aquellas regiones capaces de proveer los elementos necesarios á la constitución de éstas, igualmente en pie de guerra.

Art. 130—El Poder Ejecutivo proveerá, dentro de cada región, al establecimiento de campos de maniobras, cuarteles, y polígonos de tiro, que permitan efectuar el tiro de infantería y de artillería y la instrucción táctica de todas las armas.

## TÍTULO XVI

### Disposiciones transitorias

Art. 131—Durante los tres primeros años, después de promulgada la presente ley, el Poder Ejecutivo queda facultado para prolongar por treinta días más el primer período de instrucción de los reservistas del ejército de línea que no hayan prestado sus servicios en las unidades permanentes del ejército, ó no hayan tomado parte en las movilizaciones de sesenta días fijadas por la ley número 3318.

Art. 132—A fin de dar cumplimiento al propósito perseguido en el artículo 14, en lo que se refiere al rol que en la movilización de las reservas del ejército de línea han de desempeñar los conscriptos incorporados por dos años, el Poder Ejecutivo queda facultado á incorporar el año próximo al ejército permanente, de la clase del 81, el doble número de conscriptos fijado por dicho artículo, debiendo licenciar por sorteo, al año de permanencia en las filas, la mitad de los mencionados conscriptos de la clase del 81 incorporados por dos años, para ser reemplazados por los conscriptos de la clase del 82 á quienes haya tocado por sorteo hacer en el ejército permanente el servicio de dos años.

Art. 133—Los jefes y oficiales actuales de la guardia nacional pueden aspirar á ocupar los empleos de mayores y oficiales de reserva del ejército de línea, creados por la presente ley, siempre que satisfagan á las condiciones y al examen teórico-práctico que el Poder Ejecutivo fijará en la reglamentación de la presente ley.

Art. 134—Los distinguidos y sargentos que actualmente revistan en los cuerpos del ejército de línea, conservan sus derechos al ascenso al grado de subteniente ó alférez, siempre que, dentro del término de un año después de la promulgación de la presente ley, hayan satisfecho á las condiciones del examen que será determinado por el Poder Ejecutivo en la reglamentación de esta ley.

Art. 135—a) Los distinguidos y clases actuales del ejército permanente, menores de 28 años, y cuyas aptitudes militares, conducta intachable é inteligencia los hagan dignos de aspirar á ser suboficiales del ejército, serán admitidos hasta quince meses después de promulgada la presente ley, en la escuela de aplicación de clases, y si satisfacen completamente á todas las condiciones del examen teórico-práctico, determinado por el Poder Ejecutivo, egresarán de la escuela: los soldados distinguidos como cabos 2°, los cabos como cabos 1°, y los sargentos 2° y 1° como sargentos. Pero, para los efectos de las recompensas establecidas para las clases en el título X de

la presente ley, sólo se les computará la mitad del tiempo servido (servicio continuado) como clase antes de su egreso de la escuela de aplicación de clases.

b) Los actuales sargentos 1º y 2º, egresados como sargentos de la escuela de aplicación de clases, cualquiera que sea su antigüedad anterior, no podrán ser ascendidos á suboficiales sino un año después de dicho egreso los primeros y dos años después los segundos.

c) Los distinguidos y clases que, acogiéndose al artículo 134 que antecede, hubieran preferido prepararse para el examen de oficiales y no hubieran satisfecho á éste, no podrán pretender ser conservados como clases en el ejército permanente sino después de someterse y rendir satisfactoriamente los exámenes teórico-prácticos prescritos en el § a que antecede.

Art. 136—Los distinguidos y clases actualmente existentes en el ejército que no hubiesen satisfecho á las condiciones exigidas por el § a del art. 131, para ser reconocidos como clases, se retirarán del ejército, sin ningún derecho á invocar sus servicios anteriores para pretender á las ventajas acordadas á las clases por la presente ley. Sólo aquellos que tuviesen más de quince años de servicios computados, tendrán los derechos de retiro que les acuerda la ley número 3239.

Art. 137—El Poder Ejecutivo queda autorizado á conservar en las filas del ejército permanente hasta el número de los contratados á prima y voluntarios actualmente en servicio, mientras que vayan siendo reemplazados por las clases y voluntarios reclutados de acuerdo con las prescripciones de la presente ley.

Art. 138—Quedan derogadas todas las leyes y disposiciones contrarias á la presente ley.

Art. 139—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en la Cámara de Diputados, en Buenos Aires, á 11 de Octubre de 1901.

BENITO VILLANUEVA,  
Presidente.

A. M. Tallafiero,  
Prosecretario.

**ESTADO demostrativo del número de conscriptos que en la fecha prestan servicio en las distintas unidades del ejército.**

UNIDADES		NÚMERO DE CONSCRIPTOS
Brigada	Zapadores Minadores . .	51
»	Pontoneros . . . . .	33
»	Ferrocarrileros . . . . .	115
»	Telegrafistas . . . . .	72
Regto 1º	de Artillería de Montaña	167
» 2º	» » » » »	129
» 1º	» Artillería Ligera . . .	107
» 2º	» » » » »	119
» 4º	» » » » »	157
» 1º	» Caballería . . . . .	121
» 2º	» » » » »	138
» 3º	» » » » »	125
» 4º	» » » » »	60
» 5º	» » » » »	85
» 6º	» » » » »	109
» 7º	» » » » »	107
» 8º	» » » » »	79
» 9º	» » » » »	110
» 11º	» » » » »	32
» 12º	» » » » »	118
» 1º	» Infantería . . . . .	47
» 2º	» » » » »	167
» 3º	» » » » »	79
» 4º	» » » » »	47
» 5º	» » » » »	122
» 6º	» » » » »	107
» 7º	» » » » »	66
» 8º	» » » » »	102
» 9º	» » » » »	60
» 10º	» » » » »	128
» 11º	» » » » »	82
» 12º	» » » » »	—
Batallón	Cazadores de los Andes.	117
»	del Tren . . . . .	45
Total . . . . .		3230

Capital Federal, Noviembre 15 de 1901.

Vº Bº—C. Smith.

Rómulo Pérez.

Cuadro explicativo de las diversas situaciones del contingente de la clase de 1880 de la Guardia Nacional, incluyéndose en él el número de los nacidos en 1879

Provincias ó Territorios	Nacidos en 1879	ANTES DEL PRIMER SORTEO				SORTEADOS PARA MARINA			Quedan disponibles para otro sorteo	SORTEADOS PARA EL EJÉRCITO								Quedan disponibles para un nuevo sorteo
		Nacidos en 1880	A DEDUCIR			Titulares	Suplentes	Suman		PRIMER LLAMADO				SEGUNDO LLAMADO			Sorteo general efectuado para el ejército	
			Exceptua- dos	Bajas por otras causas	Quedan disponibles					Primer llamado que se ordenó	Reemplazantes que se ordeno quedaran	Primer llamado realizado, incluso exceptuados, etc.	Reemplazantes que han quedado	Cantidad pedida	Incorporados á las filas	Bajas por exceptuados		
Capital Federal . . . . .	2504	3914	440	647	2827	328	164	492	2335	390	451	394	447	451	343	42	841	1494
Buenos Aires. . . . .	4100	7917	363	475	7079	645	323	968	6111	1019	1181	1019	1181	1168	223	2	2200	3911
Córdoba. . . . .	1606	4214	—	313	3901	317	159	476	3425	570	665	579	656	—	—	—	1235	2190
Entre Ríos . . . . .	1829	2513	97	107	2309	276	138	414	1895	315	370	315	370	—	—	—	685	1210
Corrientes . . . . .	1041	1873	16	1	1856	215	108	323	1533	255	295	264	286	—	—	—	550	983
Santa Fe . . . . .	1321	2038	141	58	1839	195	98	293	1546	258	298	267	289	—	—	—	556	990
Tucumán . . . . .	493	1885	—	51	1834	205	103	308	1526	255	294	380	169	—	—	—	549	977
Mendoza. . . . .	403	943	—	68	875	99	49	148	727	121	141	205	57	65	37	—	262	465
Salta. . . . .	204	443	1	1	441	50	25	75	366	60	70	152	—	—	—	—	130	236
San Juan . . . . .	400	620	—	54	556	68	34	102	464	77	90	116	51	—	—	—	167	297
Santiago del Estero. . . . .	191	418	—	—	418	55	27	82	336	56	66	122	—	—	—	—	122	214
Catamarca . . . . .	149	515	—	13	502	57	28	75	417	69	81	69	81	—	—	—	150	267
Rioja. . . . .	262	561	4	9	548	48	24	72	476	78	93	168	3	—	—	—	171	305
San Luis . . . . .	185	543	22	13	508	39	19	58	450	85	88	75	88	—	—	—	163	287
Jujuy. . . . .	139	253	—	2	251	19	9	28	223	38	44	51	31	31	21	9	82	141
Misiones. . . . .	95	171	3	14	154	18	8	26	128	21	24	21	24	—	—	—	45	83
Pampa Central. . . . .	99	127	1	7	119	5	2	7	112	18	22	6	34	—	—	—	40	72
Río Negro. . . . .	93	82	—	1	81	8	4	12	69	12	13	11	14	—	—	—	25	44
Chaco Austral. . . . .	45	45	—	4	41	4	2	6	35	5	5	5	5	—	—	—	10	25
Neuquén. . . . .	34	34	—	—	34	—	—	—	34	5	5	5	5	—	—	—	10	24
Santa Cruz. . . . .	2	2	—	—	2	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	2
Chubut . . . . .	14	14	—	1	13	—	—	—	13	2	2	2	2	—	—	—	4	9
Formosa. . . . .	13	13	—	2	11	1	1	2	9	1	2	1	2	—	—	—	3	6
Tierra del Fuego. . . . .	2	2	—	2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
SUMAS . . . . .	15,224	29,140	1,088	1,843	26,209	2,652	1,325	3,977	22,232	3,700	4,300	4,227	3,795	1,715	624	53	8,000	14,232

SUMAS



**ESTADO demostrativo del punto de residencia de las distintas unidades del Ejército**

UNIDADES	PUNTOS DE RESIDENCIA
Brigada Zapadores Minadores. . . . .	Liniers—Capital Federal.
» Pontoneros. . . . .	San Nicolás—Provincia de Buenos Aires.
» Ferrocarrileros . . . . .	Córdoba—Provincia de Córdoba.
» Telegrafistas. . . . .	Córdoba—Provincia de Córdoba.
Regimiento 1º de Artillería de Montaña.	Mendoza—Provincia de Mendoza.
» 2º » » » »	General Roca—Territorio del Río Negro.
» 1º » Artillería Ligera. . . . .	Alta Córdoba—Provincia de Córdoba.
» 2º » » » »	Liniers—Capital Federal.
» 4º » » » »	Villa Mercedes—Provincia de San Luis.
» 1º » Caballería. . . . .	Makallé—Territorio del Chaco.
» 2º » » » »	Las Lajas—Territorio del Neuquén.
» 3º » » » »	San Martín de los Andes — Territorio del Neuquén.
» 4º » » » »	Liniers—Capital Federal.
» 5º » » » »	Rivadavia—Territorio del Chaco.
» 6º » » » »	Fortín Tostado—Territorio del Chaco.
» 7º » » » »	Chos-Malal—Territorio del Neuquén.
» 8º » » » »	Campo de Mayo—Provincia de Buenos Aires.
» 9º » » » »	Capital Federal.
» 11º » » » »	Florencia—Territorio del Chaco.
» 12º » » » »	Formosa—Territorio de Formosa.
» 1º » Infantería . . . . .	Río Gallegos—Territorio de Santa Cruz.
» 2º » » » »	Capital Federal.
» 3º » » » »	Capital Federal.
» 4º » » » »	Marquesado—Provincia de San Juan.
» 5º » » » »	Capital Federal.
» 6º » » » »	Trelew—Territorio del Chubut.
» 7º » » » »	Santiago del Estero—Provincia de Santiago del Estero.
» 8º » » » »	Capital Federal.
» 9º » » » »	Río 4º—Provincia de Córdoba.
» 10º » » » »	Capital Federal.
» 11º » » » »	Catamarca—Provincia de Catamarca.
» 12º » » » »	Posadas—Territorio de Misiones.
Batallón Cazadores de los Andes . . . .	Jujuy—Provincia de Jujuy.
» del Tren. . . . .	Liniers—Capital Federal. (Agregado 2º Artillería Ligera).

Capital Federal, Noviembre 15 de 1901.

Vº Bº

C. Smith.

Rómulo Pérez.

**Sr. Presidente**—Está en discusión.  
**Sr. Córdoba**—Pido la palabra.

Nunca me habría atrevido, señor Presidente, á echar voluntariamente sobre mis hombros la tarea, superior á mis fuerzas, de informar y sostener en esta honorable Cámara este asunto de trascendencia tan profunda para la salud nacional. Mi recelo estaba y está justificado por motivos elementales: primero, porque mi modesta graduación no me concede aquella eficaz autoridad militar que la opinión sensata acuerda á las elevadas jerarquías del ejército, conquistadas con rudos servicios ó probados conocimientos en el arte de la guerra; segundo, porque, si bien puedo aportar á la discusión alguna experiencia adquirida en el servicio de las filas, ésta, cuando es vasta é ilustrada, entra por mucho en los asuntos militares, sobre todo en el estado de guerra.—sería siempre preferible, para pronunciarse sobre una organización de ejército, inspirarse en aquella experiencia generalizada y científica que nos ofrece la historia, inagotable fuente de ejemplos y lecciones fecundas;—de manera que, aún para este caso, estoy también destituido de ese criterio científico necesario, que hoy poseen, felizmente, los jefes y oficiales que han pasado por los institutos militares y que disponen de buenas bibliotecas para su nutrición intelectual; mientras que en mis tiempos carecíamos de estos medios, y hasta de ocasión, para instruirnos; y, por último, señor Presidente, carezco en absoluto de esa envidiable facultad de los oradores de esta Cámara, cuya palabra vibrante suele inundar de luz este recinto, conmover los corazones y hasta avasallar los espíritus, cuando, desde las serenas alturas de la verdad, defendiendo lo que es útil, bueno y justo, nos conducen con ordenada y nutrida elocuencia, por el inestricable camino de los detalles hasta las más elevadas generalizaciones.

Empero, señor Presidente, lo que me ha resuelto al fin á tomar á mi cargo la información de este proyecto, es el hecho de haber sido ya luminosamente discutido por toda la prensa ilustrada del país; tratado brillantemente en la honorable Cámara de Diputados, que le

ha prestado su sanción, y que viene al seno de esta Cámara, con el veredicto de la razón pública y de la juventud, varonilmente pronunciado.

Son varios, señor Presidente, los puntos de vista que dan especial importancia á este proyecto de ley:—el del servicio obligatorio; la formación de las clases; las reservas y su organización regional;—la solución económica;—su faz política y constitucional—y otros más que derivan de éstos, —y, aunque es mi deseo ser lo más breve posible, me detendré particularmente en lo que se refiere al *servicio personal obligatorio*, tanto por que él sirve de fundamento esencial al proyecto, cuanto porque á su alrededor ha girado principalmente la discusión en la honorable Cámara de Diputados, sin haberse combatido su bondad, en sí misma, sino su oportunidad ó su eficacia.

Y bien, señor Presidente ¿será cierto que todavía no se impone, perentoriamente, la necesidad de organizar toda nuestra capacidad militar de un modo estable y racional, en armonía con la ley de los tiempos y la fuerza potencial de la República? ¿Será verdad que la organización definitiva y vigorosa del ejército, tal cual nos la ofrece este proyecto, no respondería á peligro alguno real, sino, antes bien, á sublevar alarmas justificadas en nuestros vecinos de ultracordillera?

En verdad, señor Presidente, parece inverosímil que nuestro pueblo, entregado de lleno á la noble tarea de transformar sus fuerzas latentes en fuerzas vivas y consolidar los elementos de su futura grandeza, se vea obligado, perpetuamente, á distraer su energía, su tiempo y sus recursos, retirándolos fuera del campo del trabajo, porque alguien prepare asechanzas contra su bienestar.

Nuestra libertad, nuestra grandeza moral, la propiedad de nuestros territorios, son bienes consagrados por la sangre de nuestros heroicos antepasados, derramada profusamente en la guerra de la independencia americana, y por cerca de un siglo de posesión indiscutida; nosotros habíamos creído, pues, poder disfrutar tranquilamente esos beneficios inalienables de nuestra legítima y glo-

riosa herencia, desde que nunca promovamos á nadie, ni codiciamos lo ajeno, ni nos agitó la envidia por la prosperidad de otros pueblos; pues que, si alguna vez fui mos aturridos, injustos ó crueles, fué con nosotros mismos, en las crisis sucesivas de nuestra organización incipiente, jamás con nuestros vecinos, ni con otras naciones.

Es una verdad histórica, señor Presidente, que nos trabamos en guerra con el Imperio del Brasil, para salvar la libertad en el Río de la Plata y sus afluentes, y que á la del Paraguay fuimos arrastrados por la brutalidad de su tirano. ¿Cuál fué nuestra conducta en uno y otro caso? Vencedores en Ituzaingo, afirmamos la independencia perdurable del Estado Oriental; vencedores en el Paraguay, declaramos que la victoria no daba derechos, y, posteriormente, arreglamos nuestros límites con ambas naciones, librándolos á un juicio arbitral. Pudimos resolver nuestra cuestión fronteras con Bolivia con positivas ventajas materiales, á raíz de sus desastres en la guerra del Pacífico, pero preferimos respetar el dolor de aquel pueblo hermano, y recién mucho tiempo después lo hicimos de una manera honrosa para ambas naciones.

Mientras tanto, señor Presidente, durante los intervalos de esas tres grandes guerras nacionales, hemos sostenido sangrientas luchas contra tiranos y caudillos, hijos de la barbarie, y con alternativas varias, cayendo aquí, levantándonos allí, hasta constituir gobiernos regulares y el imperio actual de nuestras instituciones que, si bien deja aún mucho que desear, se afianza más y más, con la cultura progresiva de nuestro pueblo y la ponderación de sus elementos conservadores.

También debe enorgullecernos el progreso material realizado en treinta años de trabajos, aunque retardado por una guerra exterior de cinco años y luchas interiores. Millones de toda clase de ganados, de las mejores especies y variedades, pacen en nuestras sabanas pampeanas, campiñas y serranías; los sembrados de trigo, maíz, lino y alfalfa esmaltan las praderas desde Bahía Blanca hasta Río IV; los viñedos cubren con sus pámpanos los grandes valles y faldas

andinas y la caña de azúcar se elabora en el Norte con máquinas tan perfectas, como las mejores del mundo; muchas otras industrias, aunque todavía embrionarias, alientan un porvenir halagüeño, y no sería extraño que muy pronto la de tejidos de lana, por ejemplo nos libre en gran parte del tributo que pagamos á manufacturas extranjeras, y que también la industria minera, que ya principia á despertar, invada los mercados del mundo con sus productos metálicos.

La red de los ferrocarriles y telégrafos cubre una extensión enorme, desde Jujuy y Corrientes hasta el Neuquén y desde Buenos Aires y Bahía Blanca hasta los Andes, Catamarca y La Rioja; el telégrafo invade también la Patagonia, aproximándose á Río Gallegos; se han echado ya los fundamentos de emporios futuros en las costas del Atlántico, hasta la Tierra del Fuego, y, finalmente, ahí está, como el fruto lógico de todos esos progresos, nuestro comercio exterior, que toma un vuelo sorprendente, y el acrecimiento extraordinario de nuestra población.

Y bien, señor Presidente, ¿de dónde viene, periódicamente, ese rumor preñado de amenazas, á interrumpir el zumbido de nuestra colmena humana, obligando á los argentinos á deponer las herramientas del trabajo y alistar las armas del combate? ¿Quién pretende aniquilar con su fuerza la noble génesis de este engrandecimiento nacional? ¿Quién acaricia el propósito abominable de renovar en América aquella fratricida guerra del Peloponeso, que sepultó en el abismo la más hermosa civilización cultivada en los tiempos por el alma de una raza de hombres libres? ¿Quién se arma, desde hace muchos años, y acecha con instintos de ave de presa el momento oportuno de quebrantar esta Nación Argentina y repartirse sus despojos? Chile, señor Presidente: el más humilde argentino lo sabe.

Cuando penetraron agazapados á Punta Arenas, para alegar después derechos sobre el Estrecho de Magallanes, en obsequio á la paz, les cedimos territorios sobre ese estrecho: en obsequio á la paz, consentimos en someter á arbitraje nuestros límites occidentales, no obstante es-

tar éstos marcados en los basamentos de granito de las más altas cumbres de la Cordillera de los Andes, límite aceptado y reconocido, desde el gobierno colonial hasta el noventa y tantos, época en que alegaron nuevas pretensiones; y, finalmente, por conservar la paz, sometimos también á la decisión de un árbitro la Puna de Atacama, que nuestros vecinos reclamaban, con tanto derecho, como los que se podrían alegar sobre territorios en la luna.

¿Habránse supuesto, acaso, que todas estas concesiones eran hijas de nuestro miedo? ¿Pensaron que nosotros estamos como las antiguas viejas, con el Jesús en la boca? Basta, pues, señor Presidente: ha llegado ya el momento de organizarnos, y bien, para defendernos, porque no podemos seguir una línea más por el camino andado, sin haber perdido el sentido común ó totalmente la vergüenza; no más nuevas ofrendas en el altar de la Concordia, ante esa política de agresión desbordante.

Inviquemos todo lo que se quiera, señor Presidente la protección de la Providencia; pero, á condición de garantírnos también con nuestros propios puños; tengamos presente, que no siempre son las valientes y honradas resoluciones las que obtienen éxito en la guerra, si no han sido precedidas por una larga, meditada y eficaz preparación, y traigamos á la memoria los graves peligros que ya hemos cruzado, para precaver los presentes y futuros; porque, ¿qué habría sido de nuestra Patagonia, sin la inspirada y rápida campaña del Río Negro, que concluyó con los indios, nos permitió ocupar tranquilamente los valles del Neuquén y Limay, y vigilar la Cordillera, desde Mendoza hasta Nahuel Huapi? El eco de nuestras dianas, repetido de cerro en cerro, anunció á los chilenos nuestra presencia en la madriguera misma de esos indios, cuyas depredaciones muchos de ellos habían fomentado. Este grande acontecimiento nacional les impuso, y la tormenta que preparaban contra nosotros fué á descargar, ya sabéis dónde: sobre Bolivia y el Perú. Vencedores en la guerra del Pacífico, aumentan su escuadra y mejoran su armamento, para caer sobre nosotros: pero, una guerra civil estalla y

retarda sus planes, dándonos tiempo para hacer nuestros armamentos completos, organizar una escuadra poderosa, complementando su fuerza con la ley de conscripción, que ha dado corazón y alma á nuestras naves.

Pues bien, señor Presidente, cuando creíamos haberlos contenido nuevamente, imponiéndoles una circunspección obligada, por nuestra preparación para defendernos, establecen el servicio obligatorio, llevan su juventud á educarla bajo las banderas y, á raíz de esto, trabajan furtivamente caminos estratégicos en territorios litigiosos que habían pactado respetar. Es que el espíritu de conquista se vuelve insaciable con la victoria. Los triunfos del Pacífico revelaron á la plebe chilena el secreto peligroso de su fuerza, sin mejorar su condición famélica y sin trabajo, y exaltó la soberbia en las clases superiores, con sueños de grandeza.

Y si, pues, no bastan tratados sobre tratados, ni protocolos tras protocolos, contra la fe púnica, ¿hemos de ser siempre los ingenuos, los imprevisores sempiternos? ¿Por qué no sancionamos hace tres años esta ley, ó siquiera cuando la dimos para la escuadra? Lejos de eso, señor Presidente, cuando ellos nos llevan un año de ventaja, recién la abordamos y todavía la discutimos.

Pero no es este solo peligro inmediato, señor Presidente, el que encarece la sanción de este proyecto de ley: existe otro más grave, en el porvenir, aunque muy vago é indeterminado por ahora, y es este una amenaza para nosotros, para Chile y otros pueblos.

Muchos publicistas llegaron á creer en que se aproximaban los buenos tiempos en que ya no habría ejércitos, porque las ventajas del comercio y de los intereses materiales habría enseñado á los hombres el amor á la paz, puesto que el vapor había hecho de los mares caminos naturales y fáciles, que aproximaban los continentes, invitando á los hombres de trabajo á derramarse sobre el planeta, para cortar istmos, canalizar ríos, explotar riquezas mineras, desbastar selvas vírgenes, habilitando terrenos para cultivos, perforar montañas, que permitan la rápida comunicación de pueblos, etc.



Desgraciado error, señor Presidente. Nunca, como ahora, han corrido tiempos más duros para las naciones relativamente débiles, ante el enorme poder militar y naval de otras privilegiadas, que dominan ya casi toda la superficie del globo; porque jamás, desde los principios de los tiempos modernos hasta la fecha, se ha hecho mayor escarnio del derecho y la justicia.

En Europa hay un derecho público, para uso de los europeos solamente, y este mismo no es suficiente garantía para algunas naciones de ese continente, sobre todo para la Turquía; y si hay derechos respetados, sobre los cuales puedan descansar absolutamente tranquilos los pueblos de otros continentes, en el presente y en el porvenir, son aquellos que están subtenidos por la fuerza de naciones poderosas, como por ejemplo, los Estados Unidos y el Japón. ¿Quién se atreve hoy contra ese prodigio de la civilización moderna? ¿Quién contra los yankees? Ellos necesitaron expandirse al occidente y son dueños de Texas, Nueva Méjico y California. Les convenía el monopolio comercial en el mar Caribe y sus costas? Pues son dueños de Puerto Rico y, económicamente, de Cuba. ¿Necesitan dar nuevos rumbos á otros mercados á su enorme producción, á su comercio de exportación, siempre creciente? Ya han colocado sus jalones en las islas Hawai, Samoa y Filipinas, penetrando, como el más peligroso y formidable rival, en el comercio de oriente. El Japón mismo es recién respetado, desde que, transformándose dentro del molde de la civilización europea, se presenta dramáticamente en el escenario del mundo, venciendo á la China, imperio de cuatrocientos millones de habitantes, con su ejército brillante y poderosa armada, organizados á la moderna, sigilosa y pacientemente. ¿Quién osaría hoy atentar contra ese nuevo factor en la lucha por la existencia, que pasea, altiva, su bandera desde el Kamchaka hasta los mares de la India, y aborda el Asia, derramando sus productos en todos sus mercados?

Así, pues, los Estados Unidos y el Japón están incorporados al derecho público europeo por el poder de sus cañones y el vigor de su raza; mientras que

la China, vencida, es desgarrada sin piedad; no ha despertado á la civilización moderna, no ha sabido organizar sus medios de defensa, aunque los tiene incalculables.

Sin esa gran tragedia de la Africa Austral, en la que un pueblo gigante se desangra en larga lucha con la vigorosa raza de los boers, nadie habría puesto sus miradas sobre aquel continente; sin embargo, ya está casi todo entero devorado por los fuertes; dígalo el Portugal mismo, que día á día pierde allí sus posesiones, á pesar de que sus títulos remontan á cuatro siglos.

Tal es la política que se impone hoy en el mundo, con el vocablo: *imperialismo*, y que, reduciéndola á su fórmula más sencilla, á su fin único, á su único *ideal*, consiste en apoderarse de lo ajeno, por ser el más fuerte.

¿Debemos pensar que pueblos cristianos y civilizados, en cuya vida interior priman, como condición de vida, la justicia y el derecho; altruistas, como el francés; previsores y correctos, como los ingleses; valientes, bondadosos y pensadores como los alemanes, implanten el filibusterismo, como un proceso normal de principio de siglo, que un cálculo deliberado, egoista y perverso, los empuje á despojar á los débiles? ¿Debemos creer que la moral no sea ya una fuerza que mejore á los hombres y vincule á las naciones? Nó, señor Presidente; es que hay otra fuerza que, hoy por hoy, agobia á nuestra especie y se le impone: la necesidad de vivir, la lucha por la existencia.

Es que el *industrialismo* está detrás del *imperialismo*; ha sido su precursor, su protagonista. La oligarquía del capital, auxiliada por los medios que la ciencia, el progreso universal y la actividad humana han puesto á su servicio, ha creado la gran fábrica, que mata las pequeñas industrias; esa oligarquía se multiplica en los centros manufactureros, de donde salen artefactos por millones de toneladas, para ofrecerse al uso y consumo en todos los mercados del mundo.

En las entrañas de esas fábricas se revuelven millones de seres humanos, jadeantes bajo la ley del trabajo, que los compensa con el salario, y á su alrede-

dor se desarrollan y viven mil otros modos de actividad, productores de bienestar. ¿Cuál sería la situación de Inglaterra, señor Presidente, país esencialmente industrial, el día en que parasen sus fábricas, sus minas de carbón y de hierro, por falta de mercados donde aportar y vender sus productos? ¿Cuál la de Alemania, Países Bajos, Francia, Suiza, etc., si no aumenta el consumo universal, proporcionalmente á sus producciones enormes y crecientes? ¡Perspectiva sombría para el capital, terriblemente angustiosa para el obrero! ¡Hundimiento de fábricas y millones de obreros convulsionados por el hambre! ¡Ruina del comercio, desplomamiento de las clases dirigentes, de la aristocracia de la usina, de ese nuevo feudalismo capitalista, que funda su dominación social sobre su prosperidad industrial y la depresión ó supresión del salario!

Es por eso que Inglaterra (y con ella, todas las naciones manufactureras), á quien sus colonias mismas le cierran sus mercados, porque se bastan ya con sus propias fábricas, y hasta le invaden con similares los mercados de la China, como la India,—no puede detenerse en su programa irreductible de expansión colonial, sino ante la resistencia, también irreductible, de los pueblos fuertes.

¿Y seremos nosotros tan imprevisores que nos crucemos de brazos, confiando tranquilos en los principios de justicia y en la fuerza de nuestros derechos, cuando son hoy los cañones quienes imponen la ley al mundo?

Pido perdón á la Cámara por haberme extendido tanto, otro habría hecho una exposición brillante y sintética, pero yo, aunque con desaliño, necesitaba demostrar el error en que, á mi juicio, incurren los que creen que este proyecto no es procedente en tiempo de paz, y que, por lo mismo, su sanción importaría exigir al país sacrificios inútiles, cuando con un pequeño ejército de voluntarios, bastaría para los primeros momentos de cualquiera agresión.

Ante todo, señor Presidente, principio por afirmar, sin temor de faltar á la verdad, que, en los anales de las naciones, no se nos ofrece un solo caso en que un pueblo haya constituido su nacionalidad, salvado su independencia, fun-

dado una civilización cualquiera ó dejado algún rastro que merezca su mención en la historia, sin que haya dispuesto de ejército más ó menos organizado, siempre sobre la base del servicio personal obligatorio. No quiero buscar argumentos en tiempos muy remotos aunque los tendría, y muy buenos, en aquella primera batalla histórica que dio á los persas el dominio del Asia en las llanuras de Timbrea, por la organización táctica de su ejército, basada en el servicio obligatorio; pero, sí, recordaré los ejem los de pueblos fundadores de civilizaciones perdurables, virtudes morales y cívicas que acaloraban el patriotismo en el corazón de los ciudadanos y los conducían á empresas casi inverosímiles para defender su primera virtud: la libertad. Me refiero á los griegos y romanos, señor Presidente; porque su historia es siempre digna y nueva enseñanza para todos los tiempos, cuando se trata de buscar en el corazón del hombre la fuerza de los ejércitos, puesto que en medio de todos los cambios la naturaleza humana se mantiene invariable.

Los griegos, aunque naturalmente inclinados á la agricultura y al comercio, ardientes cultivadores de la poesía y de las artes, educaban su juventud y la preparaban para la guerra, imponiendo á los ciudadanos la igualdad en el servicio de las armas desde los diez y nueve hasta los sesenta años. Ellos crearon la falange y puede decirse que con ella una verdadera táctica de infantería que coordinase los movimientos de las tropas en dirección vigorosa hacia un fin ú objetivo común. La falange exigía, pues, en el soldado, mucho desarrollo físico, intelectual y moral, puesto que se peleaba cuerpo á cuerpo y se exigía ímpetu y fuerza individual, porque el valor personal daba la victoria.

Así se explica que aquella raza de hombres, que pedían á los dioses *el bien en la belleza*, fuesen invencibles cuando defendían su libertad en las guerras médicas. Diez mil atenienses vencieron en Maratón; treinta y ocho mil infantes en Platea; unas cuantas naves improvisadas, donde se refugiaron los conscriptos griegos, como les llamamos ahora, rodeados en Micala por las pode-

rosas escuadras persas, tripuladas por esclavos ó mercenarios, traban combate y arrancan al enemigo la más estupenda victoria naval de los tiempos antiguos; finalmente, Alejandro invade el Asia con treinta mil griegos y triunfa en el Gránico. No fué tanto la cultura ni la mentalidad de la raza, señor Presidente, quien hizo á los griegos los señores del Asia: fué su corazón ennoblecido en la igualdad del servicio, en el sentimiento del deber y en el santo amor á la patria y la libertad. Cuando los griegos perdieron sus virtudes, se extinguió su genio y cayeron esclavos.

El servicio militar era obligatorio entre los romanos para todos los ciudadanos, desde los veinte hasta los sesenta y cinco años; nadie podía ejercer cargo público, sin haber hecho diez campañas en la caballería y diez y seis en la infantería. Así vemos, señor Presidente, á esa ardorosa juventud, llena de presentimiento y de fé en la futura grandeza de Roma, abandonar el foro, donde fulminaba la elocuencia desde la tribuna de los Rastras, los agitados comicios del Campo de Marte, los encantos del hogar y los placeres de la ciudad querida, en seguimiento de aquellas águilas, símbolo de la magestad de la República, de un extremo al otro del mundo entonces conocido, al mando de sus tribunos y cónsules.

Es con esos ciudadanos, nobles y plebeyos, señor Presidente, educados en el servicio de la República, en el amor á la patria y á la libertad, con los que Roma venció á enemigos poderosos y se enseñoreó del Universo. Pero cuando esa juventud se envileció, cuando el pueblo romano cayó más bajo que los griegos, en una corrupción indescriptible, el ciudadano fué substituído en la legión por el mercenario; y mientras aquél, vagabundo en la ciudad cobarde y cínica, implora pan y circo á los tiranos, el legionario en campaña busca en el buche de los gallos piedritas, que traga para tener coraje contra el enemigo.

Después de esos siglos tumultuarios, que siguieron á la caída del Imperio Romano, épocas de barbarie en que parece que la humanidad va á destruirse á sí misma, renacen los ejércitos, aunque todavía muy inorgánicos, pero bajo forma

definida en el arma de infantería, gracias á que ésta se recluta por el servicio obligado, entre la pequeña burguesía y los obreros de las ciudades, principalmente en los Países Bajos y en algunas ciudades rhenanas. Posteriormente, guerras dinásticas, de ensanchamiento de territorios y también religiosas, perfeccionan las armas de combate, modifican las tácticas y elevan los ejércitos á entidades orgánicas, acabando, por medio del servicio obligatorio, con esas agrupaciones mercenarias, tan caras, tan inestables en las filas y muchas veces al frente del enemigo, á quienes apostrofaba de canallas y cobardes Federico el Grande.

Pero, sobre todo, señor Presidente, fué la Revolución francesa, quien restauró, tal vez sobrepasando, las glorias de la infantería griega y romana. Porque ¿qué habría sido de la Francia, invadida por ejércitos poderosos, si para defenderse no hubiese contado sino con el ejército de la monarquía, montado á la antigua? La Francia lanzó su juventud á las fronteras, á donde llevó sangre nueva, corazón, bravura, fe, inteligencia. Su primer ensayo fué Jemmapes; su primer capitán, Dommouriez. Venció al enemigo exterior y á la nobleza francesa, en la organización del ejército, porque le quitó la principal importancia que hasta entonces se daba á la caballería, donde formaban los nobles, y dió á la infantería el prestigio legítimo, haciendo de ella la espina dorsal de los ejércitos. ¿Quiénes eran, señor Presidente, sino jóvenes conscriptos los de las campañas más célebres y que llegaron veteranos sobre el Vístula y el Niemur, conducidos por el primer capitán de los últimos siglos? Se ha dicho, señor Presidente, por un distinguido orador de la honorable Cámara de Diputados que Napoleón el Grande no obtuvo resultados completos en la batalla de Wagram, con uno de esos movimientos tácticos, inspirados, de sus batallas decisivas, el que realizado lo habría hecho dueño de todo el ejército austriaco y habría tumbado la monarquía austrohúngara, como habría sucedido si hubiese tenido á la mano el *Gran Ejército*; porque entonces se componía su ejército de jóvenes conscriptos, casi en su totalidad. Pues yo creo lo contrario, señor Presidente; que ja-

más ejército alguno realizó operación de guerra tan extraordinaria, ni desplegó mayor valor y firmeza. Recuérdese señor Presidente, que Napoleón echó un puente sobre el Danubio, río profundo, caudaloso y de rápida corriente; que ese ejército pasaba á la opuesta orilla, al frente de un enemigo poderoso y bajo sus fuegos; que apenas habían pasado sesenta mil hombres, se cortó el puente, interrumpiéndose toda comunicación con el resto del ejército; que esos sesenta mil conscriptos se batieron todo un día, con más de ciento cincuenta mil austríacos veteranos, mandados por el archiduque Carlos, tal vez el segundo capitán de su tiempo (batalla de Esling), y que repasaron una parte del río, bajo el fuego de ese ejército, hasta la isla de Lobau; verdad es también que sostenía esa retirada la terquedad inquebrantable y gloriosa de Massena. Creo que un mes después, aseguradas las cosas, se lanzó de nuevo el brillante ejército francés y arrancó al enemigo la célebre victoria de Wagram.

¿Con qué ejército hizo Napoleón esa admirable defensa del territorio francés, después de la derrota de Leipzig? Espero, señor Presidente, que alguna vez nuestros conscriptos serán dignos imitadores de aquella juventud del ejército francés.

Se ha dicho también, señor Presidente, que el ejército permanente será débil por la edad de los conscriptos, olvidando que los griegos, los romanos, los prusianos, los franceses, se batían desde la edad de 19 ó 20 años. ¿Seremos nosotros hechos de materia diferente á los demás hombres?

Se agrega que este proyecto es antieconómico, porque quita brazos al trabajo; pero, yo pregunto: si el ejército se compusiese de un efectivo de quince mil voluntarios, por ejemplo, ¿no serían siempre otros tantos brazos restados al trabajo? O bien, hay que confesar que esos voluntarios son, cuando menos, en su mayor parte, vagos, viciosos y algunas veces criminales enganchados en las cárceles, como ha sucedido tantas veces; ¿y no debemos hacer algún sacrificio para no entregar á los malvados ó sin sentimiento moral la defensa de nuestra bandera? Que vuelvan á su vi-

gencia, entonces, las ordenanzas españolas; restablezcamos los mil y hasta dos mil azotes, el *cepo colombiano* y el *cepo de lazo*; que el clamor de los flagelados seasofocado por el toque de zafarrancho, mientras llega el momento de conducirlos al frente del enemigo, como máquinas movidas por el miedo al castigo, como las legiones romanas encanalladas cargaban temblorosas bajo la vara de los lictores.

Pero no, señor Presidente, ya sabemos cómo vuelven los conscriptos á sus hogares: contentos, fuertes, orgullosos por haber prestado algún servicio á su patria bajo las banderas; inclinados al trabajo, por la educación de la disciplina, de algunas fatigas y privaciones, y por esa dignidad que nace y se agranda con el sentimiento del deber cumplido.

Afirman que esos reservistas, salidos del ejército permanente, serán un peligro para la estabilidad del orden público, porque volviendo al seno del pueblo con el sentimiento de su fuerza y de su propia importancia, serán un instrumento más eficaz de desorden. Con el mismo argumento debieran suprimirse las escuelas, que preparan al hombre para ser ciudadano y no carnero de majada como sucede con nuestras peonadas analfabetas, que cualquier caudillejo las lleva inconscientes al comicio, como á la monotonera ó al desorden. El campamento, para el conscripto, será el complemento de la escuela, y el reservista irá al comicio con una educación nueva, la bastante para el voto deliberado, firme y tranquilo.

Un ejército de línea, así constituido, tampoco será instrumento de tiranía, porque en su medio ambiente no pueden germinar las osadías de ningún triunfador; allí, por la naturaleza misma de su composición y de su organización, está el corazón, la voluntad é inteligencia de la Nación.

¿Por qué ha de ser tampoco instrumento de anarquía? Son otros los ejércitos verdaderamente peligrosos: aquellos ejércitos máquinas, de enganchados entre la peor clase de la sociedad, salvo algunas excepciones, resabio de las castas militares en los monstruosos imperios asiáticos, como los pre-



torianos ó los genízaros. Así como la naturaleza ha quebrado los moldes del mamouth, del milodón y otros mamíferos extintos, para no repetirlos jamás, así el progreso del arte y ciencia de la guerra ha destruido también el de esos ejércitos, rígidos, sin adaptación posible á las nuevas armas, á las nuevas tácticas modernas, que exigen otra clase de hombre, capaz de cierta autonomía de ciertas iniciativas, de cierta voluntad propia y de ciertas *corazonadas*, que caben dentro de los modos diversificados y dispersos de la manera moderna de combatir. De nada nos serviría un ejército máquina: necesitamos un organismo.

Pero ¿no hemos estado desde el año 10, de hecho, bajo el imperio del servicio personal obligatorio? Hasta con caballos de tiro y con los bienes bajo la forma de auxilios. Así se han organizado nuestros gloriosos ejércitos, casi en su totalidad; por eso fueron gloriosos: llevaban á sus filas elementos sanos, morales y casi siempre con una cultura relativa, superior á la de los que tuvimos que combatir. Mi noble batallón 6 de infantería de línea, se organizó, casi en su totalidad, con guardias nacionales, tres meses antes de Pavón; el regimiento de Sandes, lo mismo; y recordamos lo que han sido esos cuerpos en la guerra del interior y en la del Paraguay; y el regimiento San Martín, y el batallón San Nicolás, y los batallones Salta, Córdoba, San Luis, Mendoza, Rioja, San Juan, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, etcétera etcétera, en la guerra del Paraguay? Preguntad sobre todas las milicias argentinas, incorporadas ó nó á cuerpos regulares: ¿no entraron valientemente al fuego y con éxito de veteranos, después de seis meses de instrucción?

Con este proyecto regularizaremos ese servicio, por medio de una ley justa y democrática; por una ley permanente y de igualdad; y en su organización evolutiva, tendremos el año entrante quince mil soldados sobre las armas, y veinticinco mil guardias nacionales en campamento por un mes: en ocho años, ciento treinta y cinco á ciento cincuenta mil soldados de ejército de línea, de los conscriptos de 20 á 28 años; y siguiendo

el movimiento evolutivo, esos conscriptos cumplidos formarán, con ocho años más, otros ciento cincuenta mil soldados de milicia ciudadana, y así sucesivamente ha ta un ejército de cuatrocientos mil soldados con una segunda y tercera líneas sólidas, puede decirse, veteranas.

Y bien, señor Presidente, voy á terminar, pidiendo á mis honorables colegas la sanción de este proyecto que la Comisión lo cree salvador, en el presente y para el porvenir; en armonía con la justicia, con la igualdad y, sobre todo, con nuestras instituciones democráticas. Yo no creo, no puedo aceptar, que este noble librito, esta carta fundamental, que autoriza al Congreso para dar leyes de organización del ejército de línea y que impone á los ciudadanos el deber de armarse en defensa de la Nación; no puedo aceptar, repito, que nos prohíba organizar el ejército, adaptándonos á las exigencias del arte y ciencia de la guerra modernas; y, aunque profano en materias constitucionales, no creo que esta Constitución encierre fórmulas teológicas, ininteligibles para los que las leen y generalmente también para los que las escriben, sino artículos claros y sencillos, para que todos los ciudadanos las entiendan, y más claros y más inteligibles, en lo que se refieren á defender y conservar nuestra existencia nacional.

Por lo demás, señor Presidente, yo tengo fe en las leyes del génesis de la naturaleza, cuyo proceso nos revela la historia. Cuando, á manera de fuerzas cósmicas se concentran elementos étnicos, nuevos y sanos, sobre los grandes ríos ó costas del Océano, en alguna tierra virgen y fecunda, es seguro que, aun con los principios modestos de una reunión de tribus, se ha de integrar allí alguna gran nación, alguna civilización extraordinaria. Sobre el Río Amarillo, la tortuga sagrada é inmóvil, tiene en los caracteres trazados sobre su concha, los misteriosos arcanos del pueblo chino, también inmóvil y cristalizado, dentro de los signos de su escritura; sobre el Ganges y el Nilo, dos civilizaciones ciclópeas: la India con sus grandes poetas y el Egipto con sus templos, pirámides y esfinges, una y otra con su teogonía y su liturgia; los persas, lucha-

dores como sus dioses, los primeros en escrutar los espacios celestes y fundar una religión sublimada hasta los astros; otros arios descienden al golfo pérsico; de allí remontan por el Tauro, rompen las cadenas del Cáucaso, penetran á Europa por la Palus Meótida, costean el Volga y se establecen en la Escandinavia, para bajar después y herir con sus lanzas el corazón de aquella Roma, hija del Tíber, cabeza del mundo; los griegos, compenetrados por Neptuno, el Leviathan de los mares, en las riberas del Tíber; los celtas renovados por los francos, dando á luz el brillante genio francés en las costas del Sena ¿Por qué el genio de la gran Nación cuyo genio fecunda el Potomac, sus grandes ríos y sus costas, no ha de extender sus alas sobre el Orinoco, el Amazonas, el Rimac y el caudaloso Plata? No creo que sea Chile, ni que se haya engendrado aún la fuerza reservada por el destino, para sofocar el aliento poderoso de los pueblos que realizan la hegemonía de su democracia progresiva, á las puertas mismas de la Europa, sobre las verdes riberas de nuestro hermoso estuario y sus afluentes y costas prolíficas del Atlántico sur.

En todo caso, señor Presidente, organicemos nuestro poder militar, y, si el caso llega, sabremos realizar la leyenda de Hércules en su cuna.

He dicho.

**Sr. Pellegrini**—Pido la palabra.

Tratándose, señor Presidente, de una ley fundamental, tan urgentemente reclamada por exigencias de la seguridad nacional, nada me hubiera sido más agradable que unir mi voto al de la mayoría de la Comisión para la sanción de este proyecto; pero, desgraciadamente, á medida que lo he estudiado, que he meditado sobre la idea fundamental á que obedece, he juzgado imposible acompañarla con mi voto.

No he querido ni quiero promover sobre él un debate, y voy á limitarme simplemente á dar las razones fundamentales de mi voto negativo.

Señor Presidente: todas estas leyes orgánicas, todas estas leyes destinadas á amoldar los distintos organismos de un pueblo, tienen forzosamente que res-

petar las tradiciones, los hábitos, las costumbres, la idiosincracia misma de esos pueblos, so pena de votar leyes que, contrariando estos hábitos, estas tradiciones, choquen con ellas, para que suceda lo que tiene que suceder siempre: que dos fuerzas se chocan, que una sea vencida y la otra vencedora; vencida la más débil y vencedora la más fuerte, y es forzoso que la tradición, el hábito, las costumbres, la idiosincracia de un pueblo, sean más fuertes que las leyes que nacen de un voto del Congreso.

De manera que, si esta ley choca contra todos los antecedentes y tradiciones en materia militar de la República Argentina, es casi seguro, señor Presidente, que va á ser vencida en la lucha, y, entonces, lejos de haber remediado los males que tratamos de remediar, los habremos agravado en una forma lamentable.

¿Cuál es la tradición argentina? La tradición argentina, y, diré más, la americana, no sólo la sudamericana, sino la norteamericana, es la siguiente: las fuerzas militares de la nación las constituye el pueblo mismo, obligado á armarse en defensa de la patria, es decir, sus milicias, más un pequeño núcleo de fuerzas permanentes, organizadas y mantenidas, no precisamente con objeto de defensa nacional, sino con objeto de orden interno.

Esta ley transforma todo ese organismo, confunde en uno el ejército permanente y la milicia nacional, y lo organiza sobre la base del servicio obligatorio, no de ese servicio obligatorio que siempre ha existido en todas las naciones y todos los tiempos, que está consagrado en la constitución, que obliga á todos los ciudadanos á armarse en defensa de la patria en la hora del peligro; no el servicio obligatorio en tiempo de guerra, sino el servicio obligatorio en tiempo de paz, que hace del ejército permanente una escuela de instrucción práctica, por donde deben pasar todos los ciudadanos de un país.

Este sistema tiene su historia, que explica su eficacia en las naciones y en los momentos en que fué ideado y aplicado, enteramente distintos de los momentos actuales en la República.

La Cámara conoce el origen de este

sistema: fué ideado y aplicado en Prusia, después de las campañas en las que no sólo fué vencida, sino humillada por el tratado de Tilsitt. Aquel pueblo, que conservaba los recuerdos de su grandeza militar, bajo el Gran Federico, sintió levantarse todas las cóleras de su patriotismo herido y resolvió prepararse á costa de cualquier sacrificio; organizar su fuerza y alcanzar algún día la revancha, que llegó medio siglo más tarde en los campos de Sedán. Ese pueblo, en esas condiciones, aceptó la idea del servicio obligatorio, que es el más duro de todos los servicios, y durante cincuenta años se fué educando en ese sistema, hasta que consiguió formar ese instrumento formidable que, manejado por Bismarck, ha creado el gran imperio alemán.

Para que el servicio obligatorio en tiempo de paz fuera posible, señor Presidente, se necesitó todo el patriotismo herido de aquel pueblo, todas las cualidades de aquella raza, toda la severa disciplina á que se sujetó, que principiaba en las bancas de las escuelas y acababa en los cuarteles del ejército.

Cuando la Francia fué vencida, á su turno, cuando sintió que había sido vencida por medio de este instrumento formidable, el pueblo francés, que no le cede en patriotismo á ninguno, ardía también en el deseo de la venganza y de la revancha y se sometió á la misma ley á que se había sometido su vencedor: aceptó el servicio obligatorio en tiempo de paz. Fué entonces que se formaron dos grandes ejércitos permanentes, alemán y francés, creando así para la Europa una situación tal, que obliga, por instinto de propia defensa, á todos los demás reinos é imperios, á aceptar el servicio obligatorio, no como una idea voluntariamente aceptada, sino como una imposición de las circunstancias y de la fuerza.

De ahí viene el servicio obligatorio en tiempo de paz, que se ha extendido por toda la Europa. Pero, ¿por qué no ha llegado á la Inglaterra? ¿Es acaso menos patriota el pueblo inglés que el francés ó el alemán? ¿Es acaso admisible que no quiera aceptar, en defensa de la Inglaterra los sacrificios y los esfuerzos que han aceptado la Francia y la Ale-

mania? Nó, señor. Era que sus circunstancias eran completamente distintas: no tenían su patriotismo exaltado, no tenían agravios que vengar, y tenían, dentro de su sistema tradicional, los elementos bastantes para asegurar la defensa de su suelo y de su dignidad nacional.

De manera, señor Presidente, que la historia misma de esa institución nos enseña que para que ella sea aceptable, que para que ella sea aplicable á un pueblo, es preciso que sea votada y aplicada en ciertos momentos extremos, en que el enardecimiento patriótico haga aceptar las duras condiciones de esta ley. Pero, aplicar esta ley y estos principios á cualquier pueblo, en cualquier circunstancia, es desconocer este antecedente, que es lo único que explica su eficacia en Europa.

Un ejemplo familiar al señor Ministro, explicará toda mi objeción.

El señor Ministro ha visto en las grandes usinas de Europa, como la de Krupp, fabricar planchas para acorazados; ha visto sacar de los hornos, elevada á una temperatura de rojo blanco, una gran masa de acero que se entrega á un laminador hidráulico, poderoso, que la toma y, como masa blanda, la oprime, la comprime y la transforma en la plancha del acorazado pronta para ser templada y quedar en condiciones de resistir los choques de la más formidable artillería.

Es una operación sencilla y facilísima, que se ve hacer con admiración; pero, ¿qué sucedería si un artífice imprudente, en vez de esperar que ese acero estuviese á la temperatura de rojo blanco, lo sacara frío aún y lo entregara al laminador? La resistencia del acero ante la presión enorme del laminador, haría saltar en pedazos todo el mecanismo, produciendo un desastre.

Eso es lo que se trata de hacer en la República Argentina.

Se trata de entregar á este laminador, que se llama el servicio obligatorio, un pueblo cuya temperatura no está aún al grado exigido, que va por esa causa á resistir esta ley y que, al resistirla, la va á destruir, produciendo un fracaso y un desastre.

Señor Presidente: el ejército perma-

nente argentino, su historia y su situación, en este momento, comprueban lo que acabo de decir.

Existía, señor Presidente, un ejército argentino y una guardia nacional, con los que hemos vencido siempre, desde los días de la independencia hasta los días del Paraguay. Ese ejército permanentemente formaba un núcleo, un organismo completo, compacto y vinculado; obedecía á un sólo pensamiento, á un sólo sentimiento y á una sola voluntad; pero, llegó el día en que, sin duda con la sana intención de mejorarlo, se quiso cambiar su organismo por completo y se votaron leyes, que son una tentativa del servicio obligatorio.

Al querer aplicar estas leyes, señor Presidente, más ó menos modificadas por decretos, ¿qué es lo que se ha conseguido?

Destruir lo que existía, para no reemplazarlo.

Asegúrase que hay ciertos organismos que, divididos, la vida continúa en los miembros separados; y eso es lo que pasa en estos momentos con nuestro ejército.

Existen todavía cuerpos cuya disciplina é instrucción conservan la tradición del viejo ejército argentino, debido en gran parte á los méritos indiscutibles de sus jefes; pero, el ejército, como cuerpo orgánico, no existe.

¿Quién lo ha destruído?

Lo ha destruído este empeño de aplicar leyes y principios inconsultos, de cambiar violentamente su organismo tradicional.

Ante esta situación, esta ley se hace cada día más necesaria, y yo aplaudo la iniciativa del Ministro que busca el remedio á la situación en que nos encontramos; pero temo que lo que vamos á conseguir por esta ley es ni tener ejército permanente ni instruir á la milicia. Lo que el país necesita, si hemos de tener en vista peligros próximos, es poder, en el tiempo más breve posible, presentar en línea de batalla el mayor número de guardia nacional, con un principio de instrucción, aunque sea rudimentario; que, para defender á la Nación, no nos bastan diez ó veinte mil soldados; necesitamos toda la milicia nacional, cien ó ciento cincuenta mil hombres, con un principio de instrucción,

con una organización completa, que permita una rápida movilización.

El mecanismo de ésta ley, aun cuando ella fuera eficaz y posible, exige para su completa realización, para que pueda presentar instruída toda la guardia nacional de la República, un número de años que no podremos esperar. ó que, una vez cumplido, ya no sea necesario el sacrificio. De manera, señor Presidente, que no acepto el servicio obligatorio en tiempo de paz, como medio de instrucción de la guardia nacional.

Creo que este es el error fundamental de esta ley; creo que el Ejecutivo ha debido conservar la tradición del ejército argentino; ha debido conservar su ejército permanente, destinado exclusivamente á sus servicios de orden público, á sus servicios policiales, que no son la defensa de la patria, á los cuales no se puede obligar al ciudadano; porque, el que está haciendo la policía del Chaco ó del Neuquén, no está defendiendo la gloria ni el honor de la bandera, que es lo único que está obligado á defender el ciudadano argentino.

**Sr. Córdoba**—¿Me permite...?

**Sr. Pellegrini**—Voy á concluir. No deseo hacer discusión. Ya habrá visto el señor Senador que no estoy contestando su discurso; estoy exponiendo mis ideas.

La República Argentina necesita tener fuerzas de dos naturalezas distintas: unas, destinadas á los servicios de orden público permanentes; otras destinadas á la defensa de la patria. Las primeras son funciones civiles que se pagan; las segundas son funciones patrióticas que se cumplen, aunque las leyes ni la Constitución lo manden.

Por consiguiente, creo que esta ley nos expone á no tener ejército permanente, porque va á chocar contra la resistencia popular; porque esta ley necesita la complicidad, no sólo del ciudadano, sino hasta de la familia; y porque sería necesario que esa idea, de que es un deber ineludible ir á formar parte del ejército, penetre en el seno mismo de la sociedad, de tal manera, que el que falte á ese deber no sea solamente un culpable ante la ley militar, sino un criminal ante la conciencia pública. Cuando eso no existe, cuando ese senti-



miento no anima á todo el pueblo, es inútil pretender ir á arrancar los hijos á las madres, para mandarlos al Neuquén; la defensa que ellas harán de sus hijos, ha de ser más fuerte que las prescripciones de leyes completamente exóticas.

No quiero detener más la atención de la Cámara; lo que he dicho explicará todo mi pensamiento: aceptaría que esta ley, técnicamente considerada, fuese una ley perfecta; me explico la completa y profunda convicción del señor Ministro que ha visto aquellos ejércitos admirables, que allá nacen del servicio obligatorio; me explico que él crea que es posible transplantar esa semilla á la República Argentina; este es un error del militar, convertido en legislador.

Si esta ley se juzga con criterio militar, no se le podrá negar su valor técnico; pero, como legislador, yo la creo ineficaz, creo que va á un fracaso seguro, que deploraré tanto por el país, como por el señor Ministro.

He dicho.

—Aplausos.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Pido la palabra.

La exposición, tan completa como eficiente, que ha hecho el señor miembro informante de la Comisión, para demostrar la superioridad del servicio obligatorio, haría casi innecesario que yo me impusiera el deber de robustecer su argumentación, y seguramente me hubiera abstenido de hacer uso de la palabra, si no fuera que el distinguido señor Senador por Buenos Aires ha atacado el principio fundamental de esta ley.

El distinguido Senador tiene perfecta razón, cuando dice que el servicio obligatorio nació en Prusia por la necesidad que tuvo de vengar el desastre de Jena, y que en Francia nació para preparar, no diré la venganza, sino para prevenir otro desastre de Sedán.

Pero el señor Senador olvida que, frente á la República Argentina, entre esas naciones americanas á que hizo alusión, hay una que ha instituido el servicio obligatorio, y que, bajo esa base, está preparando, con energía y perseveran-

cia, y quién sabe con qué propósito, su organización militar. El Poder Ejecutivo piensa que no puede permanecer indiferente y ageno á tales evidencias y que, entonces, es necesario pedir al país todos los sacrificios necesarios á su organización militar, pensando que es mejor pedirle esos sacrificios, antes que la República Argentina tenga que vengar ninguna afrenta de Jena, ni ninguna afrenta de Sedán.

—Grandes aplausos.

Es cierto que la Inglaterra no ha seguido el movimiento de las demás naciones europeas, preparando sus fuerzas en la paz, para evitar los desastres posibles de la guerra. Pero, señor Presidente, no se puede olvidar que la Inglaterra está defendida por un foso natural bastante considerable, y que hace todos los sacrificios supremos, tal vez muchas veces más allá del esfuerzo que puede soportar, para robustecer su marina, á fin de no verse alguna vez en la necesidad de tener que recurrir al servicio obligatorio, que lo tiene, ya votado por una ley especial. Se sabe que hace ya mucho tiempo que la Inglaterra se encuentra con una guerra entre los brazos, y que, debido á la falta de hombres, que no los tiene bastantes, porque dificultades sociales no le han permitido aún echar mano de los del servicio obligatorio, no puede terminarla.

Los Estados Unidos, es cierto, no tienen el servicio obligatorio, ni lo precisan, porque seguramente las naciones que le son vecinas no están en estado de amenazar su integridad nacional ni tampoco el honor de su bandera.

¿Pero, nosotros podemos decir lo mismo? Nó, señor Presidente. Yo digo que aun en el caso en que esas naciones, contra las cuales no tenemos en este momento nada que pueda exigirnos marchar inmediatamente hacia sus fronteras, si aun esas mismas naciones no hubiesen instituido el principio del servicio obligatorio para organizar sus fuerzas militares, nosotros nos encontraríamos en el deber de hacerlo. Y voy á decir por qué.

La República Argentina es una nación dotada de una tierra fecunda y con una

situación geográfica admirable, que puede provocar la codicia de algunos. ¿Podríamos, acaso, garantizar que algún día esas naciones, en las cuales se está desarrollando el imperialismo, que con tanta elocuencia hacía notar á la Cámara el señor Senador por Tucumán, no vengan á provocarnos conflictos que, si no estuviésemos suficientemente preparados para evitarlos, tendríamos que resignarnos con paciencia á soportar? Y bien, señor Presidente, si nosotros exigimos á nuestro país los sacrificios que implica el servicio obligatorio, sacrificios que no son tales porque, al fin, el señor Senador por Tucumán ha dicho con mucha justicia que mandar un ciudadano argentino á las filas del ejército por seis meses ó dos años, no implica exigirles en suma un sacrificio enorme; si nosotros, digo, preparando el país con todos estos elementos sanos de la conscripción, llegamos á organizar un ejército suficientemente fuerte y barato como para proseguir su organización con espíritu de continuación, estaremos siempre, en todos los acasos, en estado de hacer frente á cualquier situación, y por eso mismo, todas las naciones, por más fuertes que sean, tendrán que respetar á la República Argentina.

Hay un argumento, que puede haber causado alguna impresión sobre los miembros de la Cámara, y es el que se refiere á las madres que verán partir á sus hijos, que se les han arrebatado, para mandarlos á un campamento, por seis meses ó dos años, á adquirir la instrucción necesaria...

**Sr. Pellegrini**—A un campamento no, al Chaco.

**Sr. Ministro de la Guerra** — No irán al Chaco: está establecido en la ley. Así es que me complazco mucho en haber respondido á la observación del señor Senador. Si el argumento hubiera sido como yo pensaba, en ese caso hubiera respondido esto: que las madres francesas hubieran estado seguramente mucho más contentas que el servicio obligatorio les hubiera arrebatado á sus hijos, por tres y también por cinco años, antes que mandarlos á que se les matara en Metz y en Sedán, sin tener ni la organización ni la instrucción militar su-

ficiente para manejar las armas con que se debían defender.

Y bien, señor Presidente, nosotros queremos lo mismo: queremos que las madres argentinas se acostumbren á hacer prestar este servicio á sus hijos, y que sepan también que, mandándolos á instruirse en los campamentos, adquirirán muchas ideas de disciplina y de moral, al mismo tiempo que la instrucción militar necesaria para defender con inteligencia y con vigor la integridad y el honor de su patria, afianzando de este modo la paz, ó poniendo á la República en estado de imponerla el día que alguien pretendiera amenazarla, en cuyo caso esos hijos, por su instrucción y su fuerza, se encontrarían en condiciones de alcanzar la victoria, ahorrando á sus madres el tener que llorarlos, vencidos y muertos.

He querido, señor Presidente, hacer esta ligera exposición, demostrando que el servicio obligatorio es necesario en este país para la organización de su ejército; y podría seguramente comprobar—aquí tengo todos los elementos para hacerlo—que el servicio obligatorio ha empezado á ensayarse con éxito en la República, y que con él no hemos de ir á un fracaso, como acaba de decir el digno señor Senador por Buenos Aires.

Tenemos documentos que comprueban que en todas las pasadas incorporaciones de conscriptos que se han hecho en las provincias, el resultado no ha sido satisfactorio, porque ha habido diversas causas para ello: autoridades subalternas, que con frecuencia se han opuesto al cumplimiento de la ley (muchas veces por satisfacer venganzas personales); otras veces porque los enrolamientos no han estado bien hechos, por no depender éstos de la autoridad federal, etc., etc. Pero, en la Capital de la República, donde el servicio depende de la autoridad federal, á pesar de ciertas deficiencias inherentes á toda nueva ley,—porque no es posible exigir la perfección en nada, y menos en la ejecución de una ley difícil que se aplica por primera vez,—en la Capital de la República, digo, hemos llegado á un resultado que conceptúo suficiente y satisfactorio, y que estoy seguro será conside-

rado también así por los señores Senadores

Hemos tenido solamente un 17 % de conscriptos que no se han presentado; quiere decir, que ha habido un 83 %, que han concurrido al llamado. Es este un resultado que en muchas naciones de Europa no se ha conseguido. Eso comprueba que si el honorable Senado, dando su voto á esta ley, como lo ha dado ya la Cámara de Diputados, permite que ella pueda aplicarse en el país, estando todas las conscripciones dependientes del poder federal, hemos de llegar á obtener en las provincias un resultado semejante; y, en ese caso, puedo afirmar, y lo pueden afirmar todos, que el servicio obligatorio, lejos de ser un fracaso en la República Argentina, será un éxito.

El respetable señor Senador por Buenos Aires tendrá que reconocer que en Alemania el servicio obligatorio ha dado resultados absolutamente satisfactorios; la prueba la tenemos en sus campañas victoriosas de Austria y Francia; la prueba está también en el estado de progreso inmenso de aquella nación, que es debido, indudablemente, al servicio obligatorio como primer factor. Y bien: tengo que hacer presente al honorable Senado que en 1860, cuando se aplicó en toda su extensión el servicio obligatorio, los resultados de la primera conscripción fueron tan deficientes, que de un número de 1000 conscriptos, que formaban parte de un contingente, sólo se consiguió incorporar 200 aptos, es decir, que el 80 % quedó sin ser incorporado, por inutilidad, excepciones, aplazamiento ó falta de presentación á la convocatoria.

**Sr. Pellegrini**—¿En qué estado de Alemania sucedió eso?

**Sr. Ministro de la Guerra**—Era en el estado de Mecklemburgo, y le daré, si desea, el nombre del autor donde he recogido el dato.

En Alemania, ese estado á que me referí, seguía las huellas de la Prusia, en todo lo que correspondía á la organización militar. Entretanto, aquí en la República Argentina, hasta este momento, en la Capital Federal, la conscripción ha dado un resultado satisfactorio, y

vuelvo á afirmar de nuevo que, si no ha dado un resultado semejante en las provincias, ha sido porque el poder federal no podía intervenir en ellas, en lo que concierne á la conscripción.

Decía, pues, señor Presidente, que si en Prusia se tocó, al principio de la implantación del servicio obligatorio, con todas esas dificultades, con todos esos resultados desfavorables, ¿por qué hemos de suponer nosotros que en nuestro país, donde ya hemos ensayado esa clase de servicio con buenos resultados, una vez que él dependa del gobierno federal, no ha de ser un éxito?

Por mi parte, estoy convencido que así será.

Debo responder ahora á un cargo muy grave, que puede extraviar la opinión de este país: de que el ejército nacional haya desaparecido, ó de que, con este proyecto, vamos á hacerlo desaparecer completamente de la escena.

Y bien, señor Presidente, es un error.

En la discusión sobre esta ley, en la honorable Cámara de Diputados, tuve el honor de demostrar, con marcada extensión y con números en apoyo, que el ejército instructor de la ley en discusión, cuyo valor es, seguramente, por lo menos, igual á los que actualmente se llaman veteranos y que no son sino contratados, puesto que la casi totalidad de ellos no se han encontrado en ningún campo de batalla,—ese ejército instructor, más los voluntarios para el servicio de fronteras y más un número de 3,000 conscriptos, con más de un año de permanencia en las filas, que los hace aptos para todas las funciones de guerra,—he demostrado entonces que la cifra de ese ejército iba á ser de 9,200 hombres, á los cuales, descontando los músicos, que no son considerados como combatientes, por más que algunas veces también hayan probado serlo en acción de guerra; descontando, decía, los músicos, que llegan á mil y tantos, nos quedaban más de 8,000 soldados veteranos, perfectamente instruidos y organizados en unidades, constituyendo los sólidos armazones, dentro de los cuales se encuadrarán los conscriptos reservistas de seis meses y dos años, y cuyos cuerpos, organizados en regimientos, brigadas y divisiones, en los diversos cam-

pos de maniobras, con una rapidez más considerable que la que ha podido pretenderse hasta ahora en este país, servirán á su vez á la formación de los ejércitos de operaciones, sobre los puntos designados por el alto comando para la concentración.

Efectivamente, señor Presidente, en el debate efectuado en la Cámara de Diputados, he tenido el honor de demostrar igualmente cómo organizaríamos el ejército en el futuro; y me complace grandemente que esa organización sea en una forma tal, que es precisamente la que llena el *desideratum* del señor Senador, es decir, que consigamos realizar el anhelo de que, en el menor tiempo posible, podamos presentar en este país un ejército de más de 25.000 hombres organizados, y no solamente con guardias nacionales, sino especialmente con soldados reservistas, que habrán servido dos años unos y cinco meses otros, y que se encontrarán en condiciones de entrar inmediatamente en campaña, encuadrados dentro de un sólido armazón, constituido por las clases profesionales, y más de 20.000 conscriptos de dos años.

Un ejército como el que ha tenido este país, hasta el presente, y todas las naciones americanas, excepción hecha de nuestro vecino del Oeste, puede concebirse que fuera de contratados exclusivos y no procurásemos organizar é instruir en reservas nuestros hombres de 20 á 28 ó 30 años; puede concebirse eso cuando no teníamos necesidad de exigirle sino el servicio de policía contra los indios, ó mantener el orden público, contra las revoluciones, que tan frecuentes eran en aquellas épocas; pero, hoy la situación es completamente distinta: el país puede encontrarse amenazado de peligros inmediatos, como he dicho, ó en el porvenir, y un parlamento y un gobierno previosores tienen el deber de tenerlo en cuenta, al tratarse de la organización militar del país; y, entonces, para responder con exactitud á esta posible agresión, no hay otro recurso más que uno: el de organizar las fuerzas del país en condiciones tales, que, sin aplastarlo con cargas superiores á su capacidad económica y financiera, á fin de que el

esfuerzo pueda ser continuado y eficiente, lleguemos á tener un ejército suficientemente instruido y fácilmente movilizable, es decir, hacerlo pasar del pie de paz al pie de guerra, en el más breve tiempo posible, que es lo que constituye la base esencial de toda buena organización militar. Y llegaremos á ese resultado mediante un ejército de instrucción como el que vamos á tener, por cuyas filas haremos pasar el mayor número posible de ciudadanos, dándoles una instrucción suficiente, para mandarlos en seguida á sus casas como reservistas, con la orden de incorporarse á las filas del ejército cuando sea necesario proceder á la movilización; y preparando esa movilización, de modo que la organización permita hacerla totalmente dentro de los distritos y zonas correspondientes á los batallones y regimientos, á las brigadas, á las divisiones, antes de marchar á las fronteras; porque no se puede hacer la movilización sobre la frontera, sobre la zona de concentración, y al mismo tiempo que ésta, sin exponerse á los más graves contrastes.

Eso fué lo que hizo la Francia, olvidando los sanos principios del arte militar, y lo que la llevó á Sedán; por no estar organizada y no tener, como base para la formación del ejército, el principio del servicio obligatorio; por no tener sus reservas organizadas ni establecido el sistema regional de reclutamiento, se vió en la necesidad de hacer la movilización, nó en las regiones de sus respectivas divisiones y cuerpos de ejército, porque no tenía las regiones creadas desde el tiempo de paz, sino que la hizo en los puntos de concentración, y el resultado fué que los regimientos llegaron en esqueleto y los reservistas no se juntaron con ellos.

Voy á citar un caso, entre muchos. Había un regimiento, el 53, creo,—el número no hace al caso,—que partía de la costa del Canal de la Mancha, de Dunkerque, en el momento de la declaración de guerra, con los elementos únicos de que disponía, es decir, con la mitad de su efectivo, apenas. Se ordenó á los reservistas que marcharan á sus depósitos, y, después de haberse vestido y equipado, que fue-



sen á incorporarse á su cuerpo. A causa de las deficiencias de la movilización, resultó que este contingente de reservistas solamente pudo llegar á Lyon dos meses después; y en aquel momento la situación era tal que no le era ya posible marchar donde se encontraba su cuerpo. Entonces, ese destacamento fué dirigido sobre el Loire, y allí se batió, á mediados de octubre, tres meses y medio después de haberse declarado la guerra, sin haber logrado incorporarse á su cuerpo, que había ya desaparecido en la tormenta.

Debemos evitar que, en este país, si mañana tenemos un peligro del Oeste, del Norte ó del Este, pase lo mismo: que, por falta de organización, tengamos que mandar nuestros cuerpos de línea en esqueleto á la frontera, con el temor de que sus reservistas ó cuerpos de guardias nacionales, por su falta de instrucción y de organización, no lleguen á tiempo, y que, entonces, aquellos cuerpos aislados y con efectivos reducidos, insuficientes, tengan que caer con el heroísmo con que siempre se han defendido los argentinos, teniendo que contener á un agresor bien preparado, de larga mano, y con efectivos más numerosos, instruidos y organizados, producidos por el servicio obligatorio y el sistema de reclutamiento regional.

Plenamente convencido de la bondad y necesidad de esta ley, el Poder Ejecutivo conceptúa que no puede retardarse ya su sanción, porque, cada día que pasa implica un retardo más en la organización de nuestro ejército. Y si esta ley, que hoy estamos discutiendo, se hubiese dado en la forma que ahora se presenta, es decir, bajo la base del reservista instruido, encuadrado dentro de clases profesionales y soldados bien preparados que proporciona la ley, conjuntamente con el reclutamiento regional; si esta ley, digo, se hubiese votado ahora cuatro ó cinco años, seguramente que en estos momentos el país no tendría ninguna preocupación, porque estaría plenamente seguro de que, dentro de sus divisiones de ejército, que se crearán en las regiones que vamos á formar, habría los elementos suficientes para movilizarse rápidamente, marchando con nuestras fuerzas, provistas de

todos los elementos necesarios para poder entrar en campaña, hacia el teatro de operaciones que el alto comando ordenara.

Ruego, pues, á la honorable Cámara, que no retarde más la sanción de esta ley, y que, si bien es cierto que, para desarrollarla completamente, en todas sus fases, se necesitarán algunos años, desde el que viene podemos, en cambio, ponerla ya en práctica, organizando, del mejor modo que ella prevee, nuestras unidades complementarias, tratando de hacer la instrucción de ellas lo más completa y rápidamente que se pueda, á medida que las necesidades y los recursos nos lo permitan.

Es preciso guardarse de creer que en las grandes crisis nacionales, con un simple ejército de milicias ó guardias nacionales, pueda llegarse á un resultado eficaz, cuando hay que combatir contra ejércitos preparados por el servicio obligatorio. El general Chanzy, decía, con razón, que «una nación no tiene segura su independencia, ni es realmente fuerte, sino cuando su organización militar es seria y completa».

La honorable Cámara está, seguramente, convencida de que esta ley, no solamente presentará grandes ventajas, del punto de vista de la organización eficiente del ejército, sino igualmente que ella no será superior á las fuerzas económicas y financieras de este país, que se han tenido en cuenta al elaborar este proyecto de ley; porque, si, efectivamente, se le exigiera al tesoro nacional una carga demasiado pesada ó superior á sus fuerzas, al poco tiempo de poner la ley en vigencia, habría que abandonar su ejecución y no daría naturalmente resultado, y entonces iríamos fatalmente al fracaso, á que ha hecho alusión el señor Senador.

Pero la ejecución plena de esta ley, como he tenido el honor de demostrarlo en la honorable Cámara de Diputados, fuera de los recursos que por ella se crea con la tasa militar, exigirá al tesoro solamente 17.500.000 pesos, suma que no puede ser superior á las fuerzas financieras del país, desde el momento que, desde hace más de diez años y hasta el de 1899 inclusive, el presupuesto de la guerra ha sido siempre superior á

esa cifra. Esta, seguramente, es también una razón de mucha importancia, desde el momento que, con los recursos limitados que un país joven como el nuestro puede dar, promete el Poder Ejecutivo realizar en todas sus partes una ley que dará fuerza á esta nación, poniéndola en estado de afianzar la paz ó de hacer victoriosamente la guerra, el día que fuera obligada á ella.

Entrego confiado á la deliberación del honorable Senado esta ley de organización del ejército de la Nación, convencido de que su alto juicio le prestará su sanción.

He dicho.

**Sr. Pellegrini**—Pido la palabra.

Seré muy breve.

No voy á seguir al señor Ministro en las invocaciones que ha hecho al patriotismo argentino, porque esta es una cuerda fácil de herir, pero completamente inoportuna; no tratamos de sancionar leyes por razones de sentimiento: tratamos de una ley de vital importancia, y á su sanción debe concurrir sólo la razón serena y tranquila, preocupada exclusivamente de su acierto y eficacia.

La primera parte del discurso del señor Ministro ha sido contestada por el mismo, al final de él. Empezó diciendo que existe al Oeste un vecino que se prepara, y que debemos prepararnos también nosotros. Perfectamente, esa es la exigencia de todo el país. Pero esé peligro, que viene del Oeste, no es un peligro remoto, ni es como aquella revancha que la Prusia pudo esperar cincuenta años y que la Francia está esperando hace más de treinta; nó, señor, es un peligro próximo, que llegará ó se alejará, según lo que nosotros hagamos, y entonces la imposición del momento es preparar á la República, en el más breve tiempo, para afrontar ese peligro.

Ahora bien, señor Presidente: ¿cuál es el ejército de la República?

**Sr. Ministro de la Guerra**—Quince mil hombres.

**Sr. Pellegrini**—Ese es un error, señor Ministro; el ejército argentino es de ciento cincuenta mil hombres, y para ese número es que el mismo señor Mi-

nistro ha adquirido todo el armamento necesario.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Hay armamento para trescientos mil hombres.

**Sr. Pellegrini**—La Nación está preparada para armar ciento cincuenta mil hombres, que será los que ponga en pie de guerra, si es que es amagada la integridad de su territorio.

¿Qué es lo que urge hacer?

Que esos ciento cincuenta mil hombres tengan un principio de instrucción; que sepa cada ciudadano, desde mañana, á qué cuerpo pertenece, dónde debe acudir al toque de llamada; que tenga desde mañana una escuela donde ir á practicar y adiestrarse en el servicio militar.

El señor Ministro, al final de su discurso, ha contestado á esta exigencia, diciendo que se necesitaría algún tiempo para ello, y esto contradice la primera parte.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Para la instrucción.

**Sr. Pellegrini**—Efectivamente, para la instrucción.

Pero la forma de instrucción que propone esta ley consiste en hacer pasar á los ciudadanos por las filas del ejército, para que vayan adquiriendo instrucción; y yo le pregunto al señor Ministro: ¿cuántos años necesita para hacer pasar por las filas del ejército ciento cincuenta mil hombres? Indudablemente, ni en uno, ni en dos, ni en tres años podrá, y tardará, por consiguiente, mucho tiempo antes que podamos poner en pie de guerra todas nuestras milicias.

Por consiguiente, y aquí voy á precisar más mis opiniones, sin condenar esa ley, bajo el punto de vista militar, sin que le niegue su acierto técnico, creo que no corresponde á la situación actual de la República; lo que la República necesita hoy es poner inmediatamente en instrucción su milicia, en la forma más rápida posible.

**Sr. Ministro de la Guerra**—¿Es un plan de movilización?

**Sr. Pellegrini**—Es un plan de preparación para una movilización. Indudablemente, lo que necesita la República es un plan de movilización.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Esto se lo va á dar esta ley.

**Sr. Pellegrini**—¿En cuánto tiempo?

**Sr. Ministro de la Guerra**—Mañana, cuando lo vote el Senado.

**Sr. Pellegrini**—¿Mañana habrán pasado ciento cincuenta mil hombres por las filas del ejército?

**Sr. Ministro de la Guerra**—Si el Parlamento Argentino le da al gobierno suficiente cantidad de dinero...

**Sr. Pellegrini**—No es cuestión de dinero, sino de contar con los dedos. ¿Cuántos soldados tendrá el ejército permanente? ¿Diez mil?

**Sr. Ministro de la Guerra**—Nó, señor, 15,000 como promedio.

**Sr. Pellegrini**—Muy bien. Entonces, para que pasen ciento cincuenta mil hombres, necesita siete años y medio.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Si me permite explicarle la ley, en su organización, verá inmediatamente que estamos de acuerdo...

**Sr. Pellegrini**—Estoy de acuerdo con el señor Ministro en que conviene votar esta ley, y creo que el Senado la va á votar y que hará bien. He salvado, simplemente, mi opinión, explicándola; y mi más ardiente anhelo será que el señor Ministro tenga razón y que dentro de uno, dos ó tres años, pueda presentarnos un ejército capaz de ser movilizado, con un principio de disciplina.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Recojo la palabra: así va á ser.

**Sr. Pellegrini**—Desgraciadamente, no tengo esta convicción. Creo que, con la más profunda sinceridad, se está siguiendo un camino extraviado. Yo salvo mi voto, por las razones que acabo de dar, y le deseo todo el éxito imaginable, porque será la patria la que ganará con ello.

He dicho.

**Sr. Mantilla**—Pido la palabra.

No pretendo iniciar un debate, ni intento pronunciar un discurso. Me encuentro en situación parecida á la del señor Senador por Buenos Aires, quizá más comprometido que él, y deseo únicamente salvar mi responsabilidad.

En esta cámara y, antes que en ella,

en la de Diputados, durante los últimos siete años, las veces que han sido tratadas cuestiones militares, he sostenido ideas contrarias á las que sirven de base fundamental al proyecto en consideración. El, por consecuencia, no me fué grato cuando apareció. Pero, como es de hombres reflexivos cambiar de opinión por el convencimiento que traen nuevos estudios y observaciones, me preocupé seriamente del asunto con el sincero propósito y toda la buena voluntad imaginable de modificar mis ideas, si encontrase el error en ellas, ó de persistir en las mismas, si mis nuevos trabajos las confirmasen.

El mensaje con que el Poder Ejecutivo presentó su proyecto—(que no veo en la orden del día, no sé si porque la Comisión le supone bien conocido de los señores senadores ó por que no le reputa de importancia en relación al despacho)—la discusión del asunto en la Cámara de diputados,—los numerosos artículos de diarios, revistas, los folletos que he leído, en pro y en contra, y aun ciertos libros de la materia á que he recurrido, por necesidad, no me han persuadido de que se haya acertado con un plan de organización militar armónico con los intereses y las conveniencias permanentes del país y también concordante con nuestras instituciones democráticas federativas.

Tal vez no sea deficiencia ó error del proyecto lo que obsta á mi convencimiento favorable á él, sino mi incompetencia científica, que soy el primero en reconocer; y receloso de ella, pero dispuesto, como el que más lo esté, á concurrir á la sanción de una buena ley, he venido á esta sesión siempre en procura de la persuasión de la bondad y de la eficacia segura del proyecto; porque me faltaba escuchar la ciencia y las observaciones de la experiencia de la honorable Comisión Militar, como última instancia de mi afanoso empeño en busca de la luz que otros ven y ponderan, pero que no alumbraba para mí.

Mi situación habría sido otra, seguramente, si este proyecto hubiere llegado al Senado como la expresión verídica de la opinión, de la voluntad y de las necesidades evidentes de la República. Asuntos de esta clase requieren previamente

que el país esté bien penetrado de ellos y que la razón pública los haya resuelto antes que la ley, sea como una aspiración racional ó legítima sea como un sacrificio conscientemente aceptado. Así como viene y va corriendo: en sesiones de prórroga, á lo último del año, sancionado por capítulos, casi á libro cerrado; producto exclusivo de la labor de gabinete, con predominio notorio de legislaciones y usos que no son de la República, que son contrarios á la República, carece, en mi concepto, de la savia vital que há menester para ser aceptado, aun por razones de Estado, por quien, como yo, duda de su corrección principista y de sus resultados benéficos. El proyecto no emerge de la conciencia nacional formada en presencia de necesidades públicas indiscutibles, evidentes; conciencia que no admite suplencia, aunque la pretenda un talento superior ó una influencia política dominadora.

Natural y perfectamente explicable es, pues, que me faltase, hasta el último momento, luz para ver las virtudes de un proyecto atacado y defendido, á la vez, por militares acreditados y por hombres civiles competentes, cuyo desacuerdo, lejos de disipar mis dudas, las ha vigorizado.

Ahora, ya nada tengo de esperar para mi resolución definitiva. He pedido la palabra en el instante final de la esperanza, cuando me he persuadido de que ninguno pensaba hablar.

Reconozco, en lo que vale, el mérito de la iniciativa; respeto mucho la sinceridad de las convicciones que la sostienen; pero, declaro con lealtad, no he avanzado hacia el proyecto: estoy distante de él como el primer día, ó quizá más.

Hombre soy capaz de hacer el sacrificio de mis opiniones cuando una razón de Estado me impone inclinarlas ante las contrarias, presentándome en perspectiva algo útil, algo provechoso para mi patria. Mas, no es este el caso; el proyecto no está prestigiado por la necesidad, es de improbable éxito satisfactorio y la ley será de inestable permanencia, ante la Constitución.

¿Por qué no es indispensable? Porque tenemos ejército, espíritu y nervio na-

cional suficientes para contener y dominar los peligros á que el señor miembro informante y el señor Ministro se han referido. El señor Ministro no puede decir que no tenemos ejército, que....

**Sr. Ministro de la Guerra**—Yo, no he dicho tal cosa.

**Sr. Mantilla**—Lo sé. Me complace la ratificación. ¿De dónde ha salido nuestro ejército? De las leyes existentes de las que están en vigor. ¿Es bastante ese ejército para hacernos respetar ahora? Sí! Pues basta con él, y continúen las leyes que le han formado.

No atribuyo resultado satisfactorio al proyecto, convertido que fuere en ley, porque él significa la transformación de nuestra democracia civil, creada y amparada por nuestra Constitución, en una democracia militar. (Hago síntesis, porque renunció al discurso ó á los discursos que, sin jactancia, podría pronunciar.) Se hace depender la grandeza y la respetabilidad presente y futura de la República de que el ciudadano se convierta en soldado. ¡Gravísimo error! No anhele para mi patria la superioridad ponderada de Alemania; quiero para ella el engrandecimiento y la respetabilidad de los Estados Unidos del Norte de América y de Inglaterra, nacionalidades de vida eminentemente civil.

La estabilidad de la ley será problemática, porque afecta grandes intereses de la Nación, que tienen garantías expresas en nuestra carta fundamental, y compromete, perjudica, destruye, es más propio decir, atribuciones y regalías reservadas á las provincias, de las que este cuerpo es representante genuino.

Por estas razones, pido se anote en el acta mi voto en contra del proyecto.

**Sr. Aparicio**—Pido la palabra.

Voy á decir dos para fundar mi voto en contra de este proyecto.

Cuando se trata de leyes de la importancia de la que se discute, no debe tomar parte el espíritu de oposición política, ni ningún otro que entrañe una tendencia partidista; sino, simplemente, consultarse los intereses de la patria.

He escuchado y estudiado con detención la discusión que con este motivo ha tenido lugar en la Cámara de Diputados,



y la que hoy se ha producido aquí y todo lo que se ha escrito en la prensa sobre este asunto militar, y mi convicción es que la ley presentada por el Poder Ejecutivo es contraria á los principios constitucionales; por cuya razón, voy á dar mi voto en contra de ella.

Es indudable que el país necesita prepararse para cualquier eventualidad, como dice muy bien el señor Ministro. Yo pregunto: ¿Es indispensable que se aplique esta ley, estableciendo el servicio obligatorio, que se considera violatorio de la Constitución, para que el país se prepare convenientemente, ó hay otro medio que, sin salir de la Constitución, y más bien, encuadrado dentro de ella, pueda también prepararlo para una defensa igual? Yo creo que sí, señor Presidente.

En la Cámara de Diputados se han discutido dos proyectos: el de la mayoría y el de la minoría el de la minoría, que es el del Poder Ejecutivo, sancionado por aquella Cámara, estaba fuera de la Constitución, según opiniones allí mismo manifestadas; el de la mayoría encuadraba dentro de la Constitución. Tener un ejército permanente que es el ejército de línea, y hacer que la instrucción militar se de por cierto tiempo en la milicia nacional, es el ideal que debe predominar en este caso, y con el cual se podría preparar también al país para el caso de guerra, conciliando así las garantías que la ley fundamental acuerda á los ciudadanos, con las necesidades de la defensa nacional.

La conscripción que establece el proyecto del Poder Ejecutivo es una verdadera movilización de la milicia, que nuestra Constitución sólo autoriza en caso de guerra, pero jamás en la época de paz.

Sacar una parte de la guardia nacional, dándole el nombre de ejército de línea, de la autoridad de los gobiernos de provincia, para colocarlo bajo la dependencia de la Nación, es también violatorio de un precepto claro de nuestra Constitución y atentatorio de las autonomías de los estados federales.

De manera que mi voto va á ser en contra, porque opino que este proyecto es repugnante á la Constitución nacional, y quiero que quede constancia de él.

Yo no soy competente en materia militar, y no voy á entrar á estudiar lo que á los detalles de este proyecto se refiere.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Pido la palabra.

Es para dejar constancia que la Suprema Corte, que es seguramente nuestro árbitro respetado para dilucidar las cuestiones de derecho constitucional, en dos fallos ha resuelto que el servicio militar es constitucional.

**Sr. Mantilla**—Me parece que está equivocado.

**Sr. Aparicio**—En el caso del conscripto Alvarez, la Suprema Corte se funda simplemente en la interpretación que da del artículo constitucional por el cual el Congreso fijará el ejército de mar y tierra, pero el artículo no es claro y expreso al respecto, y lo ha interpretado incidentalmente en un caso de *habeas corpus*; no se ha demandado la inconstitucionalidad de la ley, sino la libertad de un individuo, que se creía indebidamente detenido. Otra cosa sería si se dedujese en forma la demanda de inconstitucionalidad de la ley. Además, este proyecto contiene otros puntos más que no han sido considerados por la Suprema Corte.

Conozco el fallo á que se refiere el señor Ministro.

**Sr. Presidente**—Se va á votar si se aprueba ó nó el despacho de la Comisión de Guerra.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente**—Invito al honorable Senado á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vuelto á sus asientos los señores Senadores, dice el

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión.

## II

—Se da cuenta de un despacho de la Comisión del Interior en el proyecto de ley referente al gobierno municipal de la capital. —A la orden del día.



**Sr. Presidente**—Continúa la discusión en particular del despacho de la Comisión de Guerra.

**Sr. Morón**—Pido la palabra.

Es fuera de duda que la sanción de esta ley se impone en estos momentos. Ella es sumamente extensa, y ha sido tan discutida en la Cámara de Diputados, que creo firmemente que todos los señores Senadores la tienen bien estudiada.

Por estas consideraciones hago moción para que ella se vote por títulos.

—Apoyada.

**Sr. Presidente**—Se va á votar si se aprueba la moción del señor Senador por San Juan.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Mendoza**—En esta forma es imposible hacer observaciones.

**Sr. Morón**—En muchas otras ocasiones ha resuelto el Senado sancionar en esta forma leyes tan importantes como esta; así, por ejemplo, la de presupuesto.

**Sr. Ministro de la Guerra**—Y así se votó también en la Cámara de Diputados.

**Sr. Mendoza**—Podría rectificarse la votación.

—Se rectifica y da el mismo resultado.

—Se lee:

«Título I.—Disposiciones generales.»

**Sr. Córdoba**—Pido la palabra.

Voy á dar una explicación respecto de una modificación.

Se ha querido mejorar la condición de aquella parte de la juventud argentina que va á los polígonos de tiro y se ejercita de tal manera en las armas, que ya lleva esas condiciones favorables para poder utilizar su servicio, si alguna vez son necesitados frente al enemigo.

En la Cámara de Diputados se había puesto un mes á los sorteados por seis meses, y dos á los que tocaba servir dos años.

La Comisión, en inteligencia con el

señor Ministro de la Guerra, ha aumentado dos meses más, con la seguridad de no perturbar el movimiento evolutivo del proyecto.

Ha venido, por conducto del elemento más representativo de la sociedad del Tiro Federal, una solicitud pidiendo la excepción completa del servicio en el ejército permanente, ó, mejor dicho, del sorteo para ir al ejército permanente, á aquellos ciudadanos que, sometidos á un concurso reglamentado por el Poder Ejecutivo, obtuviesen un número de impactos que se determinaría. La Comisión nunca pudo entrar á aceptar esto; porque, en primer lugar, era una forma que contradecía directamente el plan del proyecto de ley; y, en segundo lugar, porque traía como característica la posibilidad de eludir la instrucción militar en el ejército permanente, por las alternativas quedaría esa concesión á todos aquellos que tuviesen los medios para excusar sus servicios. Los jóvenes, hijos de familias ricas, cuyos padres proporcionarían á sus hijos lo necesario para ejercitarse en el tiro desde la edad de 18 años, pagándoles los cartuchos y el tiempo; estos deberían adquirir en una forma indirecta, un privilegio que no puede ser acordado en esta ley: el de no servir en los campamentos, ni someterse á las alternativas de este sorteo y, lo que es más, á la disciplina, que es más que la puntería, y á las pequeñas fatigas del servicio, que mucho enseñan, y, finalmente, porque es sabido que los tiradores de club no son los tiradores del campo de batalla.

Por esto se ha puesto cuatro meses á los que les ha tocado dos años de servicios, dos meses más que lo sancionado por la Cámara de Diputados.

He dicho.

**Sr. Presidente**—Se va á votar el título primero.

—Se vota y aprueba; en seguida hasta el título X inclusive.

—En discusión el XI.

**Sr. Córdoba**—Pido la palabra.

Aquí hay una modificación al proyecto venido de la Cámara de Diputados, en lo que se refiere á los seminaristas. Las razones que la Comisión ha tenido

para exceptuar á los seminaristas, son: primero, que ya se ha exceptuado á los ministros de todos los cultos y á los frailes, sin otra razón que el hecho de ser ministros de cualquiera religión; y, en segundo lugar, el que estos establecimientos son amparados por nuestras leyes y costeados por emolumentos que vota anualmente el Congreso.

A su vez, los poderes públicos, al fomentar esta clase de establecimientos, ha tenido en cuenta la necesidad de darnos un clero nacional que, pasando por los seminarios, adquiera una educación moral y desarrollo intelectual indispensable al clero de todo país civilizado.

Estos seminaristas son los futuros curas de parroquia, y se sabe que esta religión católica apostólica romana, aceptada por la mayoría de los argentinos, protegida por el gobierno de la Nación, necesita un clero secular con todas las condiciones indispensables de moralidad é intelectualidad, para evi-

tarnos así ese clero importado, el cual, salvo honrosas excepciones, viene buscando trabajo y lucro y encuentra un filón en el corazón creyente de los argentinos, lo explota y ve luego á morir tranquilo á su tierra, sin dejar ningún beneficio y muchas veces, sí, recuerdos desgraciados.

Estas son las razones por las cuales la Comisión ha modificado el título sancionado por la Cámara de Diputados.

—Se vota el título en discusión y se aprueba, como asimismo el resto del proyecto.

**Sr. Presidente**—Ha terminado la orden del día, y, en consecuencia, queda levantada la sesión.

—Eran las 6 p. m.

ARTURO PARODY,  
Director de Taquígrafos.